La conquista del ESPACIO

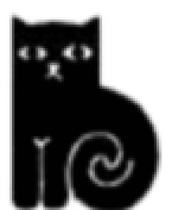
BOLSILIBROS BRUGUERA

LA NECROPOLIS DEL ESPACIO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

505 - *Robo en el planeta salvaje* - Ralph Barby
506 - *El mayor diamante del universo* - Joseph Berna
507 - *Regresaron al futuro* - A. Thorkent
508 - *Colmillos en la galaxia* - Ralph Barby
509 - *El comprador de aventuras* - Glenn Parrish

JOSEPH BERNA

LA NECROPO DEL ESPACIO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 510
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES –
CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 8.500 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1980

hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Sandro Quarrie, comandante de la «Urano-V», astronave terrestre que realizaba un viaje de exploración espacial, entró en la enfermería.

La doctora Fraser, una atractiva mujer de veintiséis años, alta y esbelta, hermosa cabellera rubia, ojos muy azules y labios rojos y brillantes, levantó la cabeza y miró al comandante Quarrie, sentada tras su mesa.

—Comandante...

—Hola, doctora —dijo Sandro Quarrie, serio.

—¿Le ocurre algo, comandante?

—Lo tengo otra vez.

—¿El qué?

—Este maldito dolor de cabeza —Sandro Quarrie se oprimió las sienes, casi con rabia. Mauren Fraser se puso en pie y se acercó a él.

—¿Cuándo empezó?

—A los pocos minutos de haberme acostado. No pude conciliar el sueño, así que me levanté y vine a verla.

—¿No se toma las píldoras que le di?

—Sí, claro que las tomo. Pero no me hacen nada.

—Es extraño.

—¿Que las píldoras no me hagan efecto?

—Que sólo le duele la cabeza cuando se acuesta.

—Será todo lo extraño que usted quiera, pero es la verdad. Durante el día, no me duele en absoluto. Pero,

en cuanto me retiro a descansar.

—¿Piensa en algo especial, en ese momento?

—Sólo en dormir.

—¿Seguro?

—¿En qué otra cosa iba a pensar?

—En una mujer, por ejemplo.

Sandro Quarrie entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que está pensando, doctora?

Mauren Fraser sonrió deliciosamente.

—En algo muy lógico y natural, comandante.

—Le ruego que se explique, doctora.

—Es usted un hombre.

—Si alguien lo duda, que me lo diga en la cara.

La doctora Fraser rio.

—No, no creo que nadie lo dude, comandante.

—Siga explicándose, doctora.

—Tiene usted treinta y dos años, ¿no?

—Los cumplí el mes pasado, dos días antes de salir de la Tierra.

—Es joven, todavía.

—Sí, eso creo yo.

—Posee un cuerpo sano, robusto, vigoroso...

—Tampoco de eso puedo quejarme, es verdad.

—Pues ahí lo tiene.

—¿El qué? ¿Dónde? —preguntó Sandro Quarrie, volviéndose.

Mauren Fraser dejó oír de nuevo la frescura de su risa.

—Hablaba en sentido metafórico, comandante.

—Oiga, pues a mí hábleme en cristiano, se lo ruego —gruñó Sandro.

—Comandante, ¿de veras necesita que se lo diga más claro?

—Sí; todo lo claro que pueda.

La doctora Fraser cruzó los brazos sobre su pecho y suspiró.

—De acuerdo, allá va. Necesita usted una mujer.

—¿Para qué?

—¿También tengo que decirle eso…?

—Sí, ya que ha empezado, llegue hasta el final.

—Para hacer el amor con ella.

—Conque era eso, ¿eh?

—Sí.

—¿De verdad cree usted que ésa es la causa de mi dolor de cabeza, el no disponer de una mujer para…?

—Dispone de muchas, pero no recurre a ninguna.

—Son mujeres de mi tripulación, doctora.

—¿Y eso qué tiene que ver? Son mujeres normales y corrientes, con dos brazos, dos piernas, senos, trasero, sexo…

Y todas son jóvenes y atractivas. Usted también lo es, comandante. Estoy segura de que ninguna de ellas le diría que no, si usted le propusiese dormir en su camarote.

—Doctora, por favor…

—Ese es mi consejo, comandante. Puede usted seguirlo o no, eso es cosa suya.

—No lo seguiré, doctora Fraser. ¿Y sabe por qué? Se lo diré: estoy seguro de que mi dolor de cabeza no tiene nada que ver con mi abstinencia sexual.

—Yo opino que sí. Y lo prueba el hecho de que sólo le duele cuando se acuesta. En ese momento le

gustaría tener una mujer al lado, para besar sus labios y acariciar su cuerpo desnudo, y como no la tiene, se irrita, y eso no le deja dormir, lo cual, a su vez, le produce dolor de cabeza.

Sandro Quarrie apretó las mandíbulas.

—Le dije antes y se lo repito ahora, que cuando me acuesto sólo pienso en dormir.

—Pero no puede.

—¡Porque me duele la cabeza!

—¿Y por qué le duele la cabeza?

—¡Averígüelo usted, que es la doctora!

—No me grite, que no estoy sorda.

Sandro Quarrie resopló.

—Lo siento, no quería exaltarme, pero es que...

—Le haré un reconocimiento a fondo. ¿Le parece bien?

—Sí, creo que será lo mejor. En alguna parte de mi cuerpo debe estar la causa de mi dolor de cabeza.

—Pase detrás de la mampara, desvístase y tiéndase en la mesa de reconocimientos, comandante —indicó Mauren Fraser.

Sandro Quarrie obedeció.

Cuando la doctora Fraser pasó al otro lado de la mampara de cristal traslúcido, el comandante de la «Urano-V» ya se hallaba tendido boca arriba sobre la mesa de reconocimientos, cubierto sólo con un breve slip.

Mauren Fraser echó una ojeada al musculoso y velludo cuerpo masculino, y por un instante dejó de sentirse doctora y se sintió mujer. Pero que muy mujer

—Comandante...

—¿Sí, doctora?

—Cuando le dije que se desvistiera, me olvidé de añadir «completamente».

Sandro Quarrie se puso un poco nervioso.

—¿Tengo que quitarme también el…?

—Voy a reconocerle a fondo, ya se lo dije.

—Está bien.

—Espere —dijo la doctora Fraser, cuando ya el comandante de la «Urano-V» hacía ademán de sacarse el slip.

—¿No acaba de indicarme que…? —se desconcertó él.

—Sí, pero antes le echaré una sábana encima.

—¿De qué servirá, si dentro de un momento me la va a quitar?

—No se la quitaré, sólo la levantaré cuando tenga que explorar sus órganos genitales.

—Para el caso es lo mismo.

—¿Quiere dejar de gruñir?

Sandro Quarrie rezongó algo, pero no volvió a hablar.

La doctora Fraser, que ya había tomado una sábana azul, se la echó sobre la parte media del cuerpo e indicó:

—Ya puede sacarse el slip.

Sandro obedeció, arrojando la prenda sobre la silla donde dejara su traje espacial, de color azul brillante, y su cinto, del cual pendía una pistola de rayos láser.

La doctora Fraser inició el reconocimiento.

Un reconocimiento un tanto extraño, pues más que explorar el fornido cuerpo del comandante de la

«Urano-V», parecía acariciarlo con sus finas manos.

El continuado contacto de aquellos dedos suaves y cálidos, presionando delicadamente aquí y allá, excitaron a Sandro Quarrie, quien no pudo evitar que su masculinidad reaccionara, pese a que Mauren Fraser no había explorado todavía lo que cubría la sábana.

Esta se fue para arriba, sin que nadie tirara de ella, denunciando claramente la excitación sexual del comandante de la «Urano-V», a quien dejó en una situación realmente embarazosa.

Para él, que no para la doctora Fraser, pues ésta no había pretendido otra cosa con su muy particular reconocimiento médico.

—¿Qué significa esto, comandante…? —preguntó socarronamente, después de mirar donde Sandro Quarrie hubiese deseado que no mirara en aquel momento.

Sandro tosió.

—No sé qué decir, doctora. Yo…

Mauren Fraser retiró sus hábiles manos del tórax masculino.

—Es una tontería seguir con el reconocimiento, comandante. Mi «diagnóstico» se ha visto plenamente confirmado. Es tal la necesidad que tiene usted de una mujer, que ha bastado que yo pusiera mis manos sobre su pecho desnudo para que su virilidad despertara. Hágame caso, comandante. Duerma esta noche con alguna de las mujeres de la tripulación, y su dolor de cabeza desaparecerá en el acto.

Sandro Quarrie irguió el torso con brusquedad.

—Lo ha hecho usted adrede, ¿verdad, doctora?
—¿El qué?
—Me ha excitado deliberadamente.
—¿Cómo puede pensar eso?
—Lo pienso. Y muchas otras cosas. Como la de seguir su consejo, por ejemplo.
—¿Va a dormir con una mujer de la tripulación?
—Si.
—Estupendo.
Sandro Quarrie alargó repentinamente los brazos y rodeó con ellos la cintura de la doctora Fraser.
Esta dio un respingo.
—¿Qué hace usted, comandante...?
—Usted es la elegida, doctora.
—¿La elegida para qué?
—Haré el amor con usted.
—¡No diga disparates!
—Usted me excitó y usted me tiene que desexcitar.
—¡Yo no le excité, se excitó usted solo!
—¿Qué le pasa, doctora? ¿Se niega a aportar el remedio que usted misma recetó a su paciente?
—Déjese de ironías y suélteme, comandante.
—Antes dijo que soy un tipo atractivo.
—Es cierto.
—Pero a usted no le gusto.
—Yo no he dicho eso.
—¿Por qué no quiere hacer el amor conmigo, pues?
—Porque no estaría bien.
—¿Y sí estaría bien que lo hiciese con una de las mujeres de la tripulación?

—Sí.

—¿Dónde está la diferencia?

—En que la chica que elija se sentirá muy halagada de que el comandante de la astronave desee hacer el amor con ella, porque pensará que le gusta a usted, mientras que yo sé que sólo sería un remedio para usted, algo que necesita para que se le vaya el dolor de cabeza. Sentiría complejo de píldora.

—A píldoras como usted me apunto yo —repuso Sandro, cerrando más sus brazos.

—¿Me suelta o le doy una bofetada? —amenazó la doctora.

—Ya puede dármela, porque no pienso soltarla.

Mauren Fraser alzó la mano, pero Sandro Quarrie no llegó a saber si la bella doctora estaba realmente dispuesta a estrellársela en la mejilla o no, porque en aquel preciso instante, por el altavoz de la enfermería —los había en todos los camarotes y en todas las salas de la astronave—, se oyó la voz de Iván Kiseu, segundo de a bordo:

—¡Comandante Quarrie, acuda urgentemente al puente de mando! ¡Repito: urgentemente!

CAPÍTULO II

Sandro Quarrie soltó a la doctora Fraser y saltó de la mesa de reconocimientos, completamente desnudo, porque no se preocupó de sostener la azulada sábana.

Antes de un minuto, se lo había puesto todo y ya corría hacia la puerta de la enfermería, diciendo:

—¡Luego vendré a buscarla, doctora!

—¡Si es para lo que usted está pensando, perderá el tiempo, comandante! —aseguró ella.

—¿Qué se apuesta a que no?

Mauren Fraser dijo algo, pero Sandro Quarrie no pudo entenderlo, porque ya había salido de la enfermería y corría como un gamo hacia el puente de mando.

Lo alcanzó en sólo cuarenta y cinco segundos.

Todo un récord, porque la «Urano-V» era una astronave de grandes dimensiones.

En el puente de mando, además de Iván Kiseu, se encontraban prestando servicio otros cuatro miembros de la tripulación; dos hombres y dos mujeres.

El segundo de a bordo, un tipo alto y espigado, pero fuerte, de facciones agradables, tres años más joven que Sandro Quarrie, permanecía junto al radar, del cual se ocupaba Otto Gluth, un joven de pelo rubio y cara simpática.

—¡Aquí, comandante! —llamó Iván Kiseu.

Sandro Quarrie corrió hacia allí.

—¿Qué ocurre, Iván...?

—¡Observe el radar, comandante!

Sandro miró la circular pantalla, en la que habían aparecido no menos de doce puntitos, todos en la parte superior.

—¿Qué diablos será eso?

—No lo sé, comandante. La pantalla telescópica todavía no capta nada, está demasiado lejos. Pero, sea lo que sea, no se mueve. Está quieto en el espacio, flotando en esa área. Un área hacia la que vamos directos.

—Reduce la velocidad de la astronave, Alfons —indicó Sandro.

—¡A la orden! —respondió Alfons Smet, el tipo que en aquellos momentos pilotaba la «Urano-V», de mediana estatura y hombres separados.

Accionó una palanca y los retrocohetes entraron en funcionamiento, empezando a restar velocidad a la astronave, que en aquel momento era realmente fantástica.

Renata Bucci, la joven que tenía a su cargo la pantalla telescópica, respingó de pronto en su sillón y exclamó:

—¡Comandante!

Sandro Quarrie clavó sus ojos en la pantalla telescópica, llenándose de asombro ante la imagen que ésta ofrecía. A su lado, no menos asombrado, Iván Kiseu exclamó:

—¡Son naves…! ¡Naves extraterrestres…!

—No todas son extraterrestres, Iván. Veo dos que son terrestres —repuso Sandro.

El segundo de a bordo se fijó mejor.

—¡Tiene razón, comandante! ¡Hay dos naves

terrestres entre ellas!

—¿Qué diablos harán tantas naves, de tan distintos tamaños y diseños, agrupadas y detenidas en el espacio?

—No guardan ninguna formación, se diría que se han ido deteniendo a medida que han ido llegando a esa área.

—Eso mismo estaba pensando yo, Iván.

—Qué misterioso.

—Baerbel —llamó Sandro Quarrie.

—¿Sí, comandante...? —respondió Baerbel Rischer, la muchacha que se ocupaba de las comunicaciones.

—Lanza una llamada a esas dos naves terrestres.

—A la orden.

Baerbel no lanzó una llamada, sino varias, pero nadie respondió.

Tampoco las naves extraterrestres, que debían haber captado igualmente las llamadas de la «Urano-V», dieron señales de vida.

—Es inútil, comandante —suspiró la joven, desalentada—. Nadie responde.

—Muy extraño, ¿no, comandante? —comentó Iván Kiseu.

—Sí, sí que lo es —asintió Sandro Quarrie, quien seguidamente ordenó—: Alfons, detén la astronave.

Alfons Smet hizo trabajar a tope los cohetes de frenado y, poco después, la «Urano-V» se detenía en el espacio, lejos todavía del área en donde flotaban las naves que no respondían a su llamada, por lo que éstas sólo podían observarse a través de la pantalla telescópica. Directamente, a través del amplio mirador

de la astronave, todavía no era posible, la distancia era demasiada.

—Cree que puede resultar peligroso acercarse a esas naves, ¿verdad, comandante?

—Así es, Iván —asintió Sandro.

—¿Qué piensa hacer?

—Tenemos la obligación de averiguar qué les sucedió a todas esas naves y a sus respectivas tripulaciones, porque dos de ellas son terrestres. Nos aproximaremos, pero en una de las pequeñas naves que llevamos en el hangar de la «Urano-V». De ese modo, si realmente existe algún peligro en esa área, podremos avisar a los que queden en la «Urano-V», que serán la mayoría, lógicamente, porque en la nave sólo podemos ir seis.

—Me parece lo más sensato, comandante.

—Otto, Alfons, Renata, Baerbel y la doctora Fraser, me acompañarán.

—¿Y yo, comandante…?

—Tú te quedarás al mando de la «Urano-V», Iván.

—Comandante, yo prefiero ir con usted… —manifestó el segundo de a bordo, desilusionado.

Sandro Quarrie sonrió y apretó el hombro de Kiseu.

—Lo sé, Iván; pero uno de nosotros dos debe quedarse en la «Urano-V», por si al otro le ocurre algo.

Iván Kiseu suspiró con resignación.

—De acuerdo, comandante. Pero téngame al corriente de todo, ¿eh? No estaré tranquilo hasta que no estén todos de vuelta.

—Te tendré informado, Iván —prometió Sandro—.

Voy en busca de la doctora Fraser.

Tú, mientras tanto, sustituye a Otto, Alfons, Renata y Baerbel, y que éstos me esperen en el hangar.

—Entendido, comandante.

Sandro Quarrie abandonó el puente de mando y regresó a la enfermería.

Mauren Fraser, al verle entrar, se llevó las manos al bajo vientre y exclamó:

—¡Me he colocado un cinturón de castidad y me he tragado la llave!

El comandante de la «Urano-V» rio la broma de la doctora.

—No vengo por eso, doctora Fraser.

—¿Seguro?

—Le parecerá extraño, pero se me ha ido el dolor de cabeza.

—¿Ha hecho el amor con alguna mujer de la tripulación?

—No he tenido tiempo, he estado muy ocupado.

—¿Qué le pasaba a Iván, comandante?

Sandro Quarrie, en pocas palabras, explicó a la doctora Fraser lo que sucedía.

—¿Piensa usted que las tripulaciones de todas esas naves, incluidas las terrestres, han perecido, comandante? —preguntó Mauren, impresionada.

—No lo sé, doctora. Como ya le he dicho, nadie responde a nuestras llamadas, y esa es muy extraño. También lo es que más de una docena de naves de distintas procedencias se hallen detenidas en un mismo lugar del espacio. Otto, Alfons, Renata, Baerbel y yo, en una de nuestras pequeñas naves, vamos a

acercarnos a esa área y trataremos de desentrañar el misterio. Quiero que usted nos acompañe, doctora Fraser. Podrían ser necesarios sus servicios.

Mauren Fraser asintió con la cabeza.

—Iré con ustedes, comandante.

—¿Tiene miedo?

—Un poco, lo confieso. Pero más le tenía a usted hace un rato, y no pasó nada.

—Porque Iván me llamó con urgencia, que si no...

—¿Hubiera sido usted capaz de forzarme, comandante?

—Desde luego.

—Qué hombre tan ruin.

—Soy un demonio.

—De hoy en adelante le llamaré Lucifer.

Sandro rio.

—Quítese la bata, doctora.

—¿Va a forzarme ahora...? —fingió asustarse Mauren.

—No tengo tiempo, Otto y los otros nos están esperando en el hangar.

—Menos mal —sonrió la doctora, despojándose de su bata de médico, bajo la cual llevaba un ligero traje amarillo, de una sola pieza, que ceñía sugestivamente su largo y bien formado cuerpo.

Sandro le dio un repaso con la mirada.

—Está usted como quiere, doctora.

—¿Ahora se da cuenta, al cabo de un mes largo de viaje? —repuso coquetamente Mauren, mientras preparaba su maletín.

—Me di cuenta el primer día, pero no me había

atrevido a decírselo hasta hoy.

—Qué hombre tan tímido.

—No era timidez, sino respeto. Soy el comandante, y eso condiciona bastante.

—También es un hombre, ya se lo dije antes.

—Sí, me lo dijo.

—En viajes tan largos, los hombres y las mujeres de la tripulación hacen el amor entre sí, usted debe saberlo.

—Sí.

—Es conveniente en todos los sentidos.

—¿Qué me dice de usted, doctora?

—¿Sobre qué?

—Sobre eso de hacer el amor.

—Le diré la verdad, comandante. Desde que partimos de la Tierra, no he recibido más proposición que la suya.

—Y la rechazó…

—Ya le expliqué los motivos.

—No quería tener complejo de píldora.

—Exacto.

—¿Hubiera aceptado, de no andar de por medio mi dolor de cabeza?

—Me temo que eso nunca lo sabrá, comandante —volvió a mostrarse coqueta Mauren.

—«Nunca» es mucho tiempo, doctora —sonrió Sandro.

Mauren Fraser cerró su maletín.

—Estoy lista, comandante.

—Vamos, pues.

Caminaron los dos hacia la puerta.

De pronto, Sandro Quarrie dio un grito y se agarró la cabeza, al tiempo que se dejaba caer de rodillas, con la cara arrugada de dolor.

La doctora Fraser, alarmada, exclamó:

—¿Qué le ocurre, comandante…?

—¡Mi cabeza, doctora!

—¿Le vuelve a doler?

—¡Más que nunca! ¡Es un dolor terrible, espantoso! ¡Siento como si me traspasasen el cerebro con un clavo!

—Voy por la llave.

—¿Qué llave?

—La del cinturón de castidad. No me la tragué, la tengo en el cajón de mi mesa.

Sandro la miró severamente.

—¿Cree que estoy fingiendo, doctora?

—¿No es así?

—¡No, no es así! —rugió Sandro.

—Disculpe, pensé que lo hacía para que yo le permitiera hacerme el amor.

—¡Se equivoca! ¡Me agarro la cabeza porque el dolor es insufrible!

—Empiezo a creer que es verdad.

—¡Claro que es verdad! ¿Es que no se me nota en la cara que el sufrimiento es auténtico?

Mauren Fraser, tras unos segundos de vacilación, empezó a bajarse la cremallera del traje.

—¿Qué hace? —preguntó Sandro Quarrie, extrañado.

—No me importa sentir complejo de píldora, comandante.

—Pero...

—No puedo verle sufrir de ese modo, se me parte el corazón. Vamos, hagamos el amor antes de ir a ese misterioso lugar y así irá con la cabeza despejada —dijo Mauren, haciendo ademán de sacar los brazos del traje, para poder bajarse éste.

Sus pechos, plenos y erguidos, de amplia aureola color canela y erecto pezón, eran una tentación difícil de resistir, pero Sandro Quarrie supo vencerla y, de forma brusca, subió la cremallera y cerró el traje de Mauren Fraser, gritando:

—¡Basta, doctora!

—Comandante, yo sólo pretendía... —repuso ella, desconcertada.

—¡Sé lo que pretendía y se lo agradezco mucho, pero le repito una vez más que mi dolor de cabeza no tiene nada que ver con el hecho de que duerma solo desde que partimos de la Tierra!

—¿A qué se debe, entonces?

—¡No lo sé, maldita sea!

—Está bien, no se exalte. ¿Le ayudo a ponerse en pie?

—Gracias, pero puedo incorporarme solo —gruñó Sandro, irguiéndose.

—¿Le sigue doliendo tanto?

—No, los aguijones no son tan fuertes como antes.

—¿Porqué no manda a Iván a ese lugar?

—No, iré yo.

—Usted no está en condiciones, comandante.

—Acabo de decirle que la cabeza ya no me duele tanto, doctora.

—Temo que se agudice el dolor y…

—No, no creo que eso suceda. Vamos, doctora Fraser —indicó Sandro, tomándola del brazo.

Salieron los dos de la enfermería.

Pocos minutos después, en una de las tres pequeñas naves que viajaban en el hangar de la «Urano-V», Sandro Quarrie, Mauren Fraser, Otto Gluth, Alfons Smet, Renata Bucci y Baerbel Rischer, partían hacia el lugar en donde flotaba misteriosamente la docena larga de naves espaciales.

CAPÍTULO III

Alfons Smet pilotaba la reducida nave, que se acercaba velozmente al área donde permanecían quietas todas las otras naves.

A su lado, Sandro Quarrie escrutaba la inmensidad del espacio a través del mirador de la nave, esperando descubrir de un momento a otro el grupo de naves flotantes.

Detrás del comandante de la «Urano-V» viajaban la doctora Fraser y Renata Bucci. A la izquierda de éstas y detrás de Alfons Smet iban Otto Gluth y Baerbel Rischer.

Renata y Baerbel eran dos chicas preciosas, aunque la belleza de la primera, morena, de ojos negros y ardientes y boca sensual, era muy diferente de la segunda, que tenía el pelo rubio y liso, los ojos muy claros y los labios finos.

La belleza de Renata podría decirse que era agresiva; la de Baerbel, suave y delicada. En cualquier caso, un hombre se sentiría muy feliz tanto en brazos de una como en los de la otra.

Otto y Alfons podían dar fe de ello, pues ambos habían hecho el amor con las dos, y lo pasaron maravillosamente bien en ambos casos.

Ahora, sin embargo, ninguno de los cuatro pensaba en aquellos deliciosos momentos, sino en lo que hallarían en el extraño lugar hacia el cual se dirigían.

La preocupación era general.

Nadie hablaba.

Todos tenían los ojos fijos en el mirador de la pequeña nave.

De pronto, divisaron el grupo de naves.

—Ahí las tenemos, comandante —dijo Alfons Smet.

—Reduce la velocidad, Alfons —indicó Sandro Quarrie, quien acto seguido llamó a la «Urano-V».

En la pequeña pantalla apareció la imagen de Iván Kiseu.

—¿Alguna novedad, comandante?

—Ya vemos las naves, Iván.

—¿Algún detalle que no pudiéramos apreciar a través de la pantalla telescópica?

—No, todo se ve igual. Las naves están absolutamente quietas, como muertas... tengo la extraña sensación de que nos acercamos a un cementerio.

—Un cementerio espacial...

—Sí.

—No se fíe, comandante. Tengo la corazonada de que en ese lugar, aparentemente muerto, hay algo vivo.

—Yo también, Iván. Si descubrimos alguna cosa, te lo haré saber en seguida.

—Gracias, comandante. Y tengan cuidado.

—Lo tendremos, no te preocupes —sonrió ligeramente Sandro Quarrie, y cortó la comunicación.

Mauren Fraser preguntó:

—¿Se le pasó el dolor de cabeza, comandante?

—Por completo, doctora.

—Me alegro.

—Y yo, porque...

Sandro Quarrie no pudo acabar la frase, porque repentinamente le volvió el dolor, más agudo aún que en la enfermería, obligándole a gritar y a agarrarse la cabeza con desesperación, mientras se retorcía en el asiento.

—¡Comandante! —exclamó Mauren Fraser, brincando de su sillón.

—¿Qué le ocurre al comandante, doctora...? —inquirió Alfons, tan alarmado como Otto, Renata y Baerbel, quienes también habían abandonado sus asientos y ya rodeaban a Sandro Quarrie.

—¡Es la cabeza! —informó Mauren, tratando de sujetar al comandante de la «Urano- V»—. ¡Le cogen repentinos dolores desde hace algunos días, pero no sé la causa! ¡Sólo sé que cada vez son más terribles!

Alfons, Otto, Renata y Baerbel estaban muy impresionados, y no sabían qué hacer. Sandro Quarrie seguía gritando y agitándose en su sillón, los ojos cerrados apretadamente. No oía lo que decían Mauren y los otros, porque con sus gritos ahogaba las palabras que ellos pronunciaban.

De pronto, creyó oír una voz.

Oscura.

Extraña...

Parecía sonar en el interior de su cabeza.

En su mismo cerebro.

Ese cerebro que tanto le estaba haciendo sufrir...

«No os acerquéis a las naves», le pareció que decía la voz.

Sandro Quarrie hizo un supremo esfuerzo por

resistir el dolor sin dar gritos y sin retorcerse en el asiento, con el fin de captar aquella misteriosa voz que parecía sonar dentro de su cabeza.

«Retroceded, terrestres. Huid, aún estáis a tiempo. Si llegáis hasta las naves, nada ni nadie podrá salvaros. Pereceréis todos. Y tendréis una muerte horrible».

El comandante de la «Urano-V», sin abrir los ojos, gritó:

—¡Detén la nave, Alfons!

Alfons Smet se apresuró a accionar el mando correspondiente.

Instantes después, la pequeña nave se detenía, no muy lejos del grupo de naves misteriosamente paralizadas.

—Estamos detenidos, comandante —hizo saber Alfons.

Sandro Quarrie abrió lentamente los ojos.

Observó las diferentes naves.

En silencio.

El rostro brillante de sudor.

Con lentitud, ladeó la cabeza y miró a los miembros de su tripulación.

Uno por uno.

Extrañamente.

Su espantoso dolor de cabeza, afortunadamente, había remitido después de que recibiera aquel extraño mensaje, y el sufrimiento era ya tan sólo leve.

—¿Lo habéis oído vosotros? —murmuró.

La doctora Fraser y los demás se miraron mutuamente, sin comprender.

—¿El qué, comandante? —preguntó Mauren.

—Lo que ha dicho la voz.

—¿Qué voz?

—Esa tan oscura y tan extraña...

Mauren, Alfons, Otto, Renata y Baerbel volvieron a mirarse.

—Nosotros no hemos oído nada, comandante —respondió la doctora.

Sandro Quarrie se oprimió suavemente las sienes al tiempo que cerraba los ojos.

—Entonces, era cierto —musitó—. La voz sonaba sólo en el interior de mi cabeza. Era un mensaje telepático.

Mauren Fraser pestañeó.

—¿Mensaje... telepático?

—Sí.

—¿Quién se lo envió?

—No lo sé.

—¿Qué le dijo esa extraña voz?

—Que no nos acerquemos a esas naves o pereceremos todos.

El escalofrío fue general.

También Fraser tartamudeó:

—¿Está... está seguro de haber... oído esa voz, comandante...?

Sandro abrió los ojos y la miró.

—Absolutamente, doctora. Esa era la causa de mi dolor de cabeza. Alguien, sin duda un amigo, estaba tratando de enviarme ese mensaje telepático, pero yo no lo captaba. Sólo sentía dolor cada vez que ese misterioso ser intentaba dejarse oír en mi cerebro. Por eso las píldoras que usted me dio no me hacían ningún

efecto.

—Pero... ¿quién puede ser? —murmuró Alfons.

—No lo sé. Pero insisto en que debe tratarse de un amigo. De otro modo, no me hubiera avisado.

—¿Y qué vamos a hacer, comandante? ¿Regresar a la astronave? —preguntó Otto.

—Sería lo más sensato, ¿no? —opinó Renata.

—Desde luego —dijo Baerbel.

—Es el comandante quien debe decidir —recordó Alfons.

Sandro Quarrie volvió a observar las naves.

—Agradezco muchísimo el mensaje telepático que me ha enviado ese amigo desconocido, pese a lo mucho que me ha hecho sufrir, hasta poder captarlo, pero yo tengo que averiguar qué clase de peligro existe en ese lugar. No puedo pediros que me acompañéis, porque no tengo derecho a exponer vuestras vidas, así que regresaremos a la «Urano-V» y vendré yo solo.

—¿Sólo, comandante...? —exclamó Mauren Fraser, palideciendo aún más.

—Sí.

—¡Sería una locura!

—Tal vez.

Alfons Smet dijo:

—Yo quiero ir con usted, comandante.

Sandro Quarrie lo miró fijamente.

—¿Estás seguro, Alfons?

—Sí, comandante.

Sandro sonrió.

—De acuerdo, dejaré que me acompañes.

—Cuente también conmigo, comandante —dijo

Otto Gluth.

Sandro Quarrie desvió la mirada hacia él.

—¿Estás decidido, Otto?

—Absolutamente.

—Muy bien, vendremos los tres.

—Gracias, comandante —sonrió Otto.

Renata Bucci y Baerbel Rischer cambiaron una mirada.

—Van a pensar que somos unas gallinas si nos rajamos. Baerbel —dijo la morena.

—Seguro —asintió la rubia.

—¿Nos apuntamos también?

—Vale.

Renata miró a Sandro Quarrie.

—Ya lo ha oído, comandante. Baerbel y yo desafiaremos con ustedes ese peligro desconocido.

Sandro se pasó la mano por la nuca.

—Os agradezco mucho ese gesto de valor, Renata, pero...

—No siga, comandante —le cortó Baerbel—. No se deshará tan fácilmente de nosotras. Pues no somos tozudas ni nada, ¿eh, Renata?

—Y que lo digas —asintió la morena.

Sandro Quarrie sonrió, visiblemente emocionado.

—De acuerdo, vendremos los cinco —accedió.

—¿Por qué hablamos todos de venir, si ya estamos aquí? —intervino Mauren Fraser.

—¿También usted desea arriesgar su vida, doctora Fraser? —preguntó Sandro.

—Es mía, ¿no?

—Desde luego.

—Entonces, no se hable más. Ordénele a Alfons que ponga la nave en movimiento y a ver qué pasa cuando nos acerquemos a todas ésas.

A Sandro Quarrie le brillaron los ojos.

—Dudo que nunca un comandante se haya sentido más orgulloso de su tripulación de lo que yo me siento de la mía. Gracias a todos, muchachos.

Los muchachos hincharon el pecho, muy satisfechos.

A Mauren, Renata y Baerbel se les notó más que habían hinchado el pecho, claro, por ser mujeres y estar las tres muy bien dotadas pectoralmente, además.

El comandante de la «Urano-V» se fijó un instante en los acusados relieves femeninos y luego ordenó:

—En marcha, Alfons.

—¡A la orden! —exclamó Alfons Smet, y puso la pequeña nave en movimiento.

CAPÍTULO IV

A los pocos segundos de haber reanudado la marcha, se recibió una llamada de la «Urano-V».

—¿Sí, Iván...? —respondió Sandro Quarrie.

—¿Por qué han estado unos minutos detenidos, comandante? —preguntó el segundo de a bordo, con gesto preocupado.

—Quería observar de cerca las naves, antes de aproximarnos más a ellas —mintió Sandro, para no alarmar a Iván Kiseu.

—Por un instante pensé que tenían algún problema, comandante.

—Ninguno, Iván. Todo está bien.

—Espero sus noticias, comandante.

—Te llamaré cuando las haya, Iván —prometió Sandro Quarrie, cortando la comunicación.

La pequeña nave ya había alcanzado las otras, las que permanecían inmóviles.

—Acerca la nave a aquélla, Alfons —indicó Sandro, señalando una de las dos naves terrestres.

Alfons Smet realizó la oportuna maniobra y dirigió la nave hacia allí, a poca velocidad.

La nave terrestre señalada por el comandante Quarrie era grande, aunque no tanto como la «Urano-V».

—Detente frente a la puerta de proa, Alfons —dijo Sandro.

—Entendido.

Algunos segundos después, la pequeña nave se

detenía junto a la puerta de la astronave.

—Despliega el túnel, Alfons —indicó Sandro Quarrie.

Alfons Smet accionó un mando y el túnel que servía para pasar de una nave a otra se desplegó lentamente, hasta acoplarse herméticamente a la puerta de la astronave terrestre.

—Otto, Baerbel, la doctora Fraser y yo, vamos a entrar en la nave terrestre, Alfons. Tú y Renata os quedaréis vigilando nuestra nave y los alrededores. Si sucediera algo, llamadme en seguida. Nosotros haremos lo propio.

—Entendido, comandante —repuso Alfons.

Sandro Quarrie se puso en pie y extrajo su pistola de rayos láser.

—Preparados. Voy a abrir la puerta —dijo, recurriendo al mando de control remoto que llevaba al cinto.

Otto Gluth, Baerbel Rischer y Mauren Fraser empuñaron también sus pistolas y contuvieron la respiración.

El comandante Quarrie accionó el mando de control remoto y la puerta de la nave se abrió.

Lenta y silenciosamente.

Sandro Quarrie se adentró en el corto túnel, seguido de Otto Baerbel y la doctora Fraser, que portaba su maletín en la izquierda.

El comandante de la «Urano-V» accionó de nuevo su mando de control remoto y la puerta de la astronave terrestre empezó a abrirse.

Los corazones de Sandro, Otto, Baerbel y Mauren

latieron más de prisa, y a las dos mujeres incluso les tembló la mano en la que sostenían sus respectivas pistolas de rayos láser.

Era el lógico temor a lo desconocido.

A lo misterioso.

A lo imprevisible.

Sin embargo, la puerta de la astronave terrestre acabó de abrirse y no pasó nada.

El comandante Quarrie se introdujo cautelosamente en la nave.

Otto, Baerbel y Mauren también, por este orden.

El puente de mando estaba solitario.

Ni seres vivos ni muertos.

Nadie.

Por el piso de la nave, esparcidos, se veían trajes espaciales.

Cintos.

Botas.

Slips, tanto masculinos como femeninos...

Estaba claro que los tripulantes de aquella astronave se habían desvestido completamente.

Pero ¿para qué?

Sandro Quarrie y los tres miembros de su tripulación se adentraron en el puente de mando, observándolo todo con atención.

Todos los aparatos y objetos estaban intactos, no había la menor señal de violencia.

El reloj del puente seguía funcionando.

Como marcaba también la hora y la fecha en que la astronave partiera de la Tierra, Sandro, Otto, Baerbel y Mauren pudieron saber que se eso hacía ya

más de dos años.

Sí.

Aquella astronave salió de la Tierra el 16 de marzo del año 2090, y ahora se encontraban a 7 de abril del año 2092.

El nombre de la astronave, «Titán», no le resultaba totalmente desconocido a Sandro Quarrie, quien no tardó en recordar que aquella nave se había dado por desaparecida en la Tierra hacía ya más de año y medio, porque para entonces ya debía haberse hallado de regreso en el planeta.

Pero, como por desgracia era bastante frecuente que una nave partiese de la Tierra y no regresase jamás, porque los peligros del Universo, sólo explorado en parte, eran infinitos, la lista de naves desaparecidas era larga.

Seguro que la otra astronave terrestre también figuraba en ella.

El comandante Quarrie trató de poner en funcionamiento uno de los distintos aparatos de la astronave, pero no lo logró.

Lo mismo le sucedió con los otros.

Todos los aparatos parecían estar bien, pero ninguno funcionaba.

Extraño.

Realmente extraño.

Sandro Quarrie probó a encender los reactores nucleares de la astronave.

No lo consiguió.

Todo estaba inutilizado, excepto el reloj.

Era lo único que funcionaba allí.

De pronto, la puerta de la «Titán» empezó a cerrarse.

Suave y silenciosamente.

Sandro, Otto, Mauren y Baerbel no se dieron cuenta de ello.

No se enteraron tampoco de que la puerta de la nave en la que aguardaban Alfons y Renata se cerraba también, y que seguidamente el túnel se replegaba.

Cuando lo descubrieron, ya era tarde para intentar nada.

La pequeña nave ya se alejaba de la «Titán», podía verla a través del mirador de la astronave.

El comandante Quarrie, Otto, Baerbel y la doctora Fraser se llenaron de perplejidad.

—¡Alfons y Renata se alejan! —exclamó Otto.

—¡Nos han dejado encerrados en esta astronave, en la que nada funciona! —se estremeció Baerbel.

—¡Deben de haberse vuelto locos! —exclamó Mauren Fraser.

Sandro Quarrie tomó rápidamente el pequeño transmisor con pantalla que llevaba al cinto, para llamar a Alfons y averiguar qué diablos ocurría.

Pero no pudo hacerlo, porque no funcionaba.

Ni su transmisor, ni los que llevaban Otto, Baerbel y la doctora Fraser.

Alguien o algo los había inutilizado, como a los reactores y los aparatos de la «Titán». Estaban atrapados en la astronave, sin posibilidad de comunicarse con la «Urano-V».

—¡Mire, comandante! —exclamó Otto Gluth, señalando la pequeña nave—. ¡Alfons y Renata se han

detenido junto a una de las naves extraterrestres!

—¡Y están desplegando el túnel! —observó Baerbel Rischer.

—¡Se disponen a entrar en ella! —adivinó Mauren Fraser.

Sandro Quarrie apretó los puños con rabia y masculló:

—Estoy seguro de que lo hacen en contra de su voluntad.

CAPÍTULO V

El comandante de la «Urano-V» estaba en lo cierto.

Alfons Smet y Renata Bucci no habían hecho absolutamente nada por acercarse a la nave extraterrestre, sino más bien todo lo contrario, aunque sin el menor resultado.

Los mandos no obedecían.

La pequeña nave parecía pilotada a distancia.

Todo empezó con el cierre de la puerta de la astronave terrestre.

Renata Bucci fue la primera en reparar en ello, y exclamó:

—¡Alfons!

Alfons Smet se volvió en el acto.

—¿Qué sucede, Renata?

—¡La puerta de la astronave se está cerrando!

—¿Qué...?

—¡Se ha cerrado ya!

Alfons brincó de su asiento y tomó rápidamente el mando de control remoto que llevaba al cinto.

Todavía no lo había accionado, cuando la puerta de la pequeña nave empezó a cerrarse también.

—¿Qué haces, Alfons...? —se extrañó Renata.

—¡Yo no he hecho nada, Renata!

—¿Quién está cerrando la puerta de nuestra nave, entonces...?

—¡No lo sé!

Renata Bucci sintió un profundo estremecimiento.

—¡Ábrela, Alfons!

Alfons Smet accionó su mando de control remoto, pero la puerta no se abrió.

—¡Mi mando no funciona, Renata!

—¡Dios mío!

—¡Prueba tú con el tuyo!

Renata Bucci tomó nerviosamente su mando de control remoto y lo accionó, pero la puerta de la nave no se movió.

—¡Tampoco funciona! —exclamó, aterrada.

De pronto, el mando que servía para desplegar y replegar el corto túnel que daba paso a otras naves se accionó solo, y eso aún aterró más a Renata Bucci.

La hermosa morena chilló:

—¡El túnel se está replegando, Alfons!

Alfons Smet, casi tan aterrado como Renata Bucci, se abalanzó sobre el mando y trató de accionarlo.

Fue inútil.

Pese a intentarlo con todas sus fuerzas, que no eran pocas, no consiguió moverlo ni un centímetro.

—¡Llama al comandante, Alfons! —gritó Renata—. ¡Cuéntale lo que está pasando!

Alfons tomó su transmisor con pantalla y trató de establecer comunicación con el comandante Quarrie.

No fue posible.

El pequeño transmisor no funcionaba.

Renata probó con el suyo, pero también estaba inutilizado.

El transmisor grande, el que llevaba la nave instalado en el panel de mandos, tampoco funcionaba. Alfons pudo comprobarlo cuando intentó ponerse en comunicación con la «Urano-V» para informar a Iván

Kiseu de lo que sucedía.

Un instante después, la pequeña nave se ponía en movimiento.

—¡Alfons! —chilló Renata Bucci, sintiendo que su terror se acentuaba.

Alfons Smet trató de detener la nave, pero todos sus esfuerzos resultaron estériles. Ninguno de los mandos le obedecía.

Renata Bucci se abrazó a él.

—¡Estoy muerta de pánico, Alfons!

Alfons Smet la estrechó contra su pecho.

—No desesperes, Renata.

—¿Quién está pilotando nuestra nave? ¿Adonde nos lleva?

—No lo sé.

—¿Qué va a ser de nosotros, Alfons?

—Tampoco lo sé. Pero te diré una cosa, Renata. Si alguien quiere hacerte daño, antes tendrá que acabar conmigo. Te defenderé con uñas y dientes.

—¡Oh, Alfons! —exclamó la bella morena, besando apretadamente los labios masculinos.

Alfons le devolvió el beso, al tiempo que la estrechaba con más fuerza.

Mientras Alfons Smet y Renata Bucci se besaban, pensando que tal vez aquél fuera el último beso que se daban en vida, la pequeña nave se detuvo junto a una de las naves extraterrestres.

Alfons y Renata, dándose cuenta de ello, separaron sus trémulas bocas, aunque no sus cuerpos.

—¡Nos hemos detenido, Alfons!

—Sí.

—¡Junto a una nave extraterrestre!

—Sí.

—¡En ella debe haber alguien, y ese alguien nos ha traído hasta aquí!

—Seguro.

Renata respingó entre los brazos de Alfons.

—¡Mira, Alfons! ¡El mando que despliega el túnel se ha accionado solo!

Alfons Smet se separó de Renata Bucci y desenfundó su pistola de rayos láser.

—Pronto se abrirá la puerta de nuestra nave, Renata. Desenfunda tu pistola y ponte detrás de mí. Te protegeré con mi cuerpo.

Renata Bucci, temblorosamente, hizo lo que le indicaba Alfons Smet.

Pocos segundos después, la puerta empezaba a abrirse.

El índice de Alfons se cerró sobre el gatillo de su arma.

Renata sintió un fallo cardíaco.

—Alfons... —pronunció, con voz estrangulada.

—Silencio, Renata —rogó Alfons, muy bajo.

La atractiva morena no dijo nada más.

La puerta de la nave acabó de abrirse y dejó visible el túnel y la puerta de la nave extraterrestre, abierta ya.

Alfons y Renata no vieron a nadie.

Tampoco oyeron nada.

Pasó un minuto.

Dos.

Tres...

Tres minutos que a Alfons Smet y Renata Bucci les parecieron tres horas.

Aquel silencio de tumba, aquella extraña quietud, aquella terrible tensión, eran capaces de destrozar los nervios del ser más templado.

Alfons Smet no pudo resistirlo por más tiempo y dijo:

—Voy a entrar en la nave extraterrestre, Renata.

—¡No, Alfons! —suplicó ella, agarrándole.

—Tengo que saber lo que hay ahí. Esta espera me está poniendo demasiado nervioso.

—¡No seas loco, Alfons!

—Tú quédate aquí, Renata.

—¡No, Alfons! ¡Si tú entras en la nave extraterrestre, entraré contigo! ¡No quiero quedarme sola, me moriría de terror!

—De acuerdo, entraremos los dos. Pero no te despegues en ningún momento de mi espalda, ¿entendido?

—Sí.

—Vamos.

Con la máxima cautela, Alfons Smet y Renata Bucci se adentraron en el túnel, ella rodeando la cintura de él con su brazo izquierdo y mirando por encima de su hombro derecho, las pistolas de rayos láser prestas a ser disparadas.

Alcanzaron la puerta de la nave extraterrestre.

Alfons asomó la cabeza y observó el interior de la nave.

Todo en ella era muy extraño, muy diferente de lo que normalmente podía encontrarse en una nave

terrestre.

Seres vivos, por el momento, no se veía ninguno.

Alfons Smet, siempre con su pistola de rayos láser por delante, cruzó la puerta y Renata Bucci también la cruzó.

Atentos los dos a todo lo que veían en el interior de la nave extraterrestre, no se percataron de que la puerta se cerraba silenciosamente a sus espaldas.

Una puerta que ellos no iban a ser capaces de abrir de ninguna de las maneras.

Habían quedado atrapados en la nave extraterrestre.

CAPÍTULO VI

El comandante Quarrie dijo:

—Tenemos que hallar el modo de salir de aquí. Alfons y Renata nos necesitan.

—Si pudiéramos comunicar con la «Urano-V»... —comentó Otto Gluth.

—No es posible, nuestros transmisores no funcionan. Y los de la «Titán» tampoco.

—Quizá Alfons y Renata sí hayan podido comunicar con la «Urano-V» —dijo Baerbel Rischer.

—Me temo que no, Baerbel —repuso Sandro Quarrie—. Si nuestros transmisores han sido inutilizados, los de Alfons y Renata y el de la pequeña nave, tampoco deben funcionar.

—Entonces, si Iván llama... —observó Mauren Fraser.

—No obtendrá respuesta, doctora.

—Eso alarmará a Iván, comandante —dijo Otto.

—Seguro.

—¿Cree que intentará algo? —preguntó Baerbel.

—Es posible.

—Quizá venga con una de las dos naves que quedan en el hangar —dijo la doctora Fraser.

—Espero que no. Iván puede hacer mucho más por nosotros desde la «Urano-V». Siempre que no se acerque demasiado a este lugar, claro. La «Urano-V» podría quedar inutilizada, como todas estas naves, y entonces...

Sandro Quarrie no necesitó acabar la frase.

Otto Gluth, Baerbel Rischer y Mauren Fraser le entendieron perfectamente, y a los tres se les erizó la piel.

* * *

Desde el puente de mando de la «Urano-V» y a través de la pantalla telescópica, Iván Kiseu había visto cómo la pequeña nave en la que viajaban el comandante Quarrie y los cinco miembros de la tripulación que le acompañaban, tomaba contacto con una de las dos astronaves terrestres.

El segundo de a bordo de la «Urano-V» aguardó impaciente la llamada del comandante Quarrie para que éste le informara de lo hallado en la astronave terrestre.

Al ver que, escasos minutos después, la pequeña nave se alejaba de la astronave terrestre y el comandante Quarrie no llamaba, Iván Kiseu no pudo resistir más y fue él quien llamó a su superior.

La preocupación empezó a reflejarse en su rostro al comprobar que no podía establecer comunicación con la pequeña nave.

—¿Qué diablos ocurre? ¿Por qué no contestan? —se preguntó en voz alta.

—Quizá se haya averiado el transmisor —opinó Petar Bogdanov, el tipo que ahora ocupaba el puesto de Alfons Smet.

—No lo creo, Petar. Más bien pienso que alguien lo ha inutilizado, para impedir que sigan en contacto con nosotros —adivinó Iván.

Los miembros de la tripulación que se hallaban en

el puente de mando se miraron entre sí, pero no hicieron comentario alguno.

Iván Kiseu, que no apartaba los ojos de la pantalla telescópica, vio que la pequeña nave se detenía ahora junto a una de las naves extraterrestres.

—Esto no me gusta nada —rezongó—. ¿Por qué el comandante quiere revisar una de las naves extraterrestres, antes de revisar la otra nave terrestre?

—Desgraciadamente, no podemos preguntárselo —repuso Petar Bogdanov.

—No aguanto más. Vamos a ir a ese maldito lugar —decidió Iván.

—¿Con la «Urano-V»? —preguntó Petar.

—Sí.

—¿No se enfadará el comandante, Iván?

—Es posible, pero no resisto esta incertidumbre. Vamos, pon la astronave en movimiento, Petar.

—A la orden —repuso el tripulante, atrapando el mando que encendía los reactores atómicos que propulsaban la «Urano-V».

En aquel preciso instante, Iván Kiseu dio un grito y se derrumbó, agarrándose la cabeza con fuerza.

—¡Iván! —exclamó Petar Bogdanov, interrumpiendo su acción y saltando de su asiento, para socorrer al segundo de a bordo.

Los otros tres tripulantes, dos de ellos mujeres, también acudieron en ayuda de Iván Kiseu.

Este se retorcía en el suelo, entre gritos de dolor, desesperado.

Iván no lo sabía, pero alguien estaba intentando enviarle un mensaje telepático, como ya antes hiciera

con el comandante Quarrie.

* * *

En el interior de la nave extraterrestre, Alfons Smet y Renata Bucci seguían escrutándolo todo con la respiración contenida.

De pronto, una puerta de guillotina empezó a abrirse.

Despacio.

Sin el menor ruido.

Alfons fue el primero en percatarse de ello y apuntó rápidamente hacia allí con su pistola de rayos láser, al tiempo que advertía:

—Atención, Renata. Por fin vamos a conocer al autor o autores de todo lo que nos ha sucedido.

—El cielo nos proteja —musitó la deseable morena, sintiendo que las rodillas le temblaban, y también ella apuntó con su arma hacia allí.

La puerta de guillotina seguía subiendo.

Un instante después, la hoja metálica se detenía.

De momento, nadie surgió por el hueco.

Alfons Smet dudaba entre seguir quieto donde estaba o avanzar hacia aquella puerta, cuando, súbitamente, se escuchó un ruido.

Suave.

Metálico.

Continuado.

Daba la impresión de que se trataba de un pesado objeto que se desplazaba por el suelo haciendo girar sus ruedas.

Y, en cierto modo, eso resultó ser.

Se trataba de un robot, que se desplazaba así, haciendo girar las pequeñas ruedas que tenía en su base.

Alfons Smet y Renata Bucci lo contemplaron con ojos agrandados.

El robot, de metal muy brillante, tenía cabeza y brazos, pero no disponía de piernas. Su cuerpo, de unos dos metros de altura —incluyendo la cuadrada cabeza, que medía unos treinta centímetros—, era igual por arriba que por abajo: una especie de rectángulo, que parecían proteger una serie de anillos, de unos diez centímetros de grosor, unidos entre sí por unos delgados tubos.

Los brazos, gruesos como troncos, estaban rematados por unas pinzas de unos veinte centímetros de longitud, entre las cuales se veía un orificio similar a la boca del cañón de un arma.

El impresionante robot se detuvo en la misma puerta y desde allí pareció observar a la pareja de terrestres con su único ojo, una especie de ranura, de unos diez centímetros de longitud por tres de altura, que emitía luz verdosa.

Alfons Smet sentía deseos de disparar sobre el robot, pero se contuvo, porque sospechaba que el ingenio mecánico no viajaba solo en la nave.

Alguien viajaba con él.

Y ese alguien lo había enviado por delante.

Renata Bucci también sentía deseos de disparar sobre el robot, y ella no se contuvo, accionó el gatillo.

El rayo láser brotó instantáneamente del cañón de su pistola y alcanzó en la parte media del cuerpo al

robot.

Resultó sorprendente, pero no le hizo nada.

Por lo visto, el metal con el que había sido construido era tan duro que ni siquiera el láser podía hacer mella en él.

El ataque de la mujer terrestre, sin embargo, debió enfurecer al robot, pues éste levantó sus brazos y soltó dos rayos rojizos por los orificios que tenía en los vértices de sus pinzas.

Los rayos, certeramente dirigidos, alcanzaron las pistolas que empuñaban Alfons Smet y Renata Bucci, las cuales se desintegraron en el acto, no quedando ni rastro de ellas.

El robot bajó los brazos y dejó oír su metálica voz:

—Has hecho una tontería, mujer terrestre. Nada ni nadie puede destruirme.

Alfons y Renata siguieron callados.

El robot se puso en movimiento, acercándose a ellos.

Alfons y Renata retrocedieron instintivamente hacia la puerta de la nave, porque todavía no se habían dado cuenta de que se hallaba cerrada.

Cuando lo descubrieron, Renata Bucci estuvo a punto de desvanecerse de pánico.

—¡Alfons! —chilló.

Alfons Smet la abrazó con fuerza.

—Juré defenderte, Renata, pero no sé cómo hacer frente a un enemigo tan poderoso como éste.

—¡Nos desintegrará, Alfons! ¡Como hizo con nuestras armas!

—No lo creo, Renata. Si quisiera eso, ya lo habría

hecho. Nos quiere vivos —adivinó Alfons.

—¿Para qué?

—No lo sé.

El robot se detuvo a unos cuatro metros de ellos y ordenó:

—Quitaros la ropa, terrestres.

Alfons y Renata se miraron, sorprendidos.

—¿Que nos quitemos… la ropa? —murmuró el primero.

—Sí —dijo el robot.

—¿Para qué?

—No hagáis preguntas y obedeced.

Alfons volvió a mirar a su compañera.

—¿Qué hacemos, Renata? —dijo, muy bajo.

—Yo no me desnudo, Alfons —respondió ella, en idéntico tono.

El robot, pese a no tener orejas, tenía un oído muy fino y captó las susurrantes palabras intercambiadas por la pareja de terrestres.

Palabras que no debieron gustarle en absoluto, pues su rectangular ojo lanzó un chorro de luz verdosa que alcanzó a Renata Bucci y Alfons Smet.

Los cuerpos de ambos temblaron como si estuviesen recibiendo una potente descarga eléctrica, y eso les hizo chillar con desesperación.

Cuando el robot dejó de enviarles aquella luz verdosa, el terrible sufrimiento cesó y Alfons y Renata se desplomaron, quedando encogidos en el suelo.

El robot habló de nuevo:

—Si no os quitáis la ropa, la haré arder y sufriréis dolorosas quemaduras.

La amenaza del ingenio mecánico hizo cambiar de parecer a Renata Bucci, quien se apresuró a decir:

—Obedezcamos, Alfons.

—Sí, el robot es capaz de abrasarnos —rezongó Alfons Smet.

Sentados en el suelo, se despojaron de las botas y de los cintos.

Luego, ya en pie, se abrieron los trajes espaciales y se los quitaron, quedando ambos en slip, el de Renata deliciosamente diminuto.

La hermosa morena volvió a abrazarse a Alfons, sobre cuyo musculoso tórax aplastó sus grandes y altivos pechos, como si quisiera impedir que el robot se los contemplara.

El robot, sin embargo, parecía que deseaba contemplárselo todo, hasta lo más íntimo, porque ordenó:

—Quitaros eso también, terrestres.

—¿El slip…? —exclamó Alfons.

—Sí.

—¿No crees que ya es suficiente, compañero?

La altiva respuesta de Alfons Smet molestó al robot, y éste les envió otro chorro de luz verdosa.

Los cuerpos de Alfons y Renata, prácticamente desnudos, temblaron de nuevo de forma estremecedora, entre chillidos de dolor, y cuando cesó la tortura se derrumbaron.

Alfons miró con intenso odio al robot.

—Maldito hijo de…

No pudo acabar la frase, porque Renata le cubrió la boca con su mano y rogó:

—No lo digas, Alfons. El robot reacciona como un hombre, y si le insultas, lo vamos a pasar mucho peor.

Alfons Smet comprendió que Renata Bucci tenía razón, y no insultó al robot.

Este insistió:

—Quitaros el slip.

Alfons y Renata no tuvieron más remedio que obedecer.

—Qué vergüenza, Alfons —musitó ella, recubriéndose el sexo y el oscuro vello de su pubis con las manos.

Alfons hizo lo propio y recordó:

—Tú y yo ya nos habíamos visto completamente desnudos en más de una ocasión, Renata.

—No tengo vergüenza de ti, sino del robot.

—Para él esto no tiene importancia, te lo aseguro. Podrá pensar y reaccionar como un hombre, pero es sólo una máquina.

—Una máquina diabólica.

El robot se ladeó, levantó el brazo derecho, y señaló la puerta de guillotina.

—Caminad hacia allí, terrestres.

Alfons y Renata obedecieron.

El robot esperó a que pasaran los dos por delante de él y luego los siguió, a unos tres metros de distancia.

Alfons volvió ligeramente la cabeza y murmuró:

—Nos está mirando el trasero, Renata. Y juraría que le gusta más el tuyo.

Renata, sin darse cuenta de que Alfons bromeaba, dejó de cubrirse lo de delante y se llevó rápidamente

las manos atrás, para cubrir sus nalgas, maravillosamente redondas y firmes.

Alfons Smet, pese al dramatismo de la situación que estaban viviendo, no pudo reprimir una risita.

Su risueña expresión, sin embargo, iba a durar muy poco, porque él y Renata Bucci estaban cruzando ya la puerta de guillotina, y allí les esperaba algo realmente espantoso.

CAPÍTULO VII

En la «Titán», el comandante Quarrie y la doctora Fraser recorrían la astronave, tratando de encontrar algo que les sirviera para abandonarla y acudir en ayuda de Alfons Smet y Renata Bucci.

Otto Gluth y Baerbel Rischer habían quedado en el puente de mando, vigilando a través del mirador la nave extraterrestre a la que habían ido Alfons y Renata.

En el hangar de la «Titán» había dos pequeñas naves de reconocimiento, pero, como ya se temía el comandante de la «Urano-V», estaban inutilizadas.

Lo mismo sucedía con los propulsores individuales que se alineaban a la izquierda del hangar.

Sandro Quarrie, le propinó una patada a uno de ellos y rugió:

—¿Es que no hay nada que funcione en esta maldita astronave?

Mauren Fraser le puso la mano en el hombro, cariñosamente.

—No se desespere, comandante.

Sandro se mesó el negro cabello.

—Tiene razón, no sirve de nada.

—Saldremos de aquí, ya lo verá.

—Cada vez lo veo más difícil, doctora Fraser.

—Iván acudirá en nuestra ayuda, estoy segura.

—Cometería un grave error, ya lo dije antes. Este lugar no sólo parece un cementerio, lo es. Todo el que viene aquí, muere. Naves, aparatos, seres… Tenía que

haber hecho caso a ese amigo que me envió el mensaje telepático.

—De nada sirve lamentarse, comandante. Cementerio espacial o no, estamos en él y... Sandro Quarrie alzó la mano y acarició suavemente el hermoso cabello rubio de Mauren Fraser.

—No debí permitir que Renata, Baerbel y usted nos acompañaran, doctora Fraser.

—¿Porque somos mujeres?

—Sí.

Mauren sonrió encantadoramente.

—Quizá no seamos tan valientes como los hombres, pero creo que hicimos bien en acompañarles. Cuando un hombre se encuentra en una situación difícil, angustiosa, desesperada, agradece mucho más la compañía de una mujer. Un abrazo y unos besos ayudan no poco a levantar el ánimo.

—¿Me permite que lo compruebe, doctora?

—Adelante —autorizó Mauren.

Sandro Quarrie la rodeó con sus brazos y la besó en los labios, con mucho ardor.

Mauren Fraser puso bastante de su parte, también.

Así, boca contra boca, estrechamente abrazados, permanecieron algo más de tres minutos, transmitiéndose mutuamente el calor de sus cuerpos.

Después, Sandro Quarrie separó ligeramente sus labios de los de Mauren Fraser y dijo:

—Tenía usted razón, doctora. Esto levanta el ánimo.

—No sólo el ánimo, comandante —repuso ella, maliciosa.

—Es verdad —sonrió Sandro, sin separar su cuerpo del de la doctora, que tampoco hizo nada por evitar el excitante contacto de sus anatomías.

—¿Va a echarme a mí la culpa, de nuevo?

—No, ésta vez es toda mía. Mi hombría reaccionó al sentir sus rojos labios sobre los míos, su espléndido cuerpo pegado al mío…

—Es natural, teniendo en cuenta que hacía más de un mes que no besaba y abrazaba a una mujer.

—Ni usted a un hombre.

—Es verdad.

—¿Siente lo mismo que yo, doctora?

—¿Qué siente usted, comandante?

—Deseos de hacer el amor.

—Yo también.

Sandro Quarrie buscó el cierre de la cremallera y tiró suavemente de él, abriendo el traje de la doctora Fraser, cuyos senos comenzó a acariciar al tiempo que unía de nuevo su boca a la de ella.

* * *

En el puente de mando de la «Urano-V», Iván Kiseu estaba siendo atendido por Petar Bogdanov y los otros tres tripulantes, los que habían sustituido a Otto Gluth, Baerbel Rischer y Renata Bucci.

Los terribles aguijonazos que habían estado traspasando el cerebro de Iván Kiseu, volviéndolo loco de dolor, habían cesado, y el segundo de a bordo ya no gritaba ni se retorcía en el suelo, aunque seguía cogiéndose la cabeza.

—¿Te sientes mejor, Iván? —preguntó Petar.

—Sí, ya pasó… —respondió Kiseu, quedamente.

—¿Qué te ha sucedido?

—No lo sé. Me sentía perfectamente cuando, de repente, tuve la sensación de que alguien me atravesaba el cerebro con una aguja de hacer punto. El dolor fue tan espantoso, que no pude sostenerme en pie. A ese primer aguijonazo siguieron otros, igualmente dolorosos… —explicó Iván, masajeándose las sienes y la frente.

—¿No te había sucedido antes?

—No, nunca.

Petar Bogdanov, tras cambiar una mirada con los otros tres miembros de la tripulación, dijo:

—¿Sabes qué estoy pensando, Iván?

—¿Qué?

—Que lo que te ha sucedido tiene mucho que ver con tu decisión de acercarnos con la «Urano-V» a ese cementerio espacial, como lo llamó el comandante.

—¿Tú crees?

—Pondría la mano en el fuego.

—¿La «Urano-V» está en movimiento, Petar?

—No. Me disponía a encender los reactores, cuando te oí gritar y vi cómo te desplomabas, agarrándote la cabeza. Interrumpí mi acción y acudí a socorrerte.

—Bien. Pronto sabremos si mi decisión tuvo algo que ver o no. Pon la astronave en movimiento, Petar —ordenó Iván Kiseu, incorporándose.

Petar Bogdanov volvió a ocupar su asiento y atrapó de nuevo el mando que encendía los reactores nucleares de la «Urano-V».

Que Petar Bogdanov tenía razón, se demostró en seguida, pues Iván Kiseu dio un chillido y se agarró la cabeza, derrumbándose.

El misterioso ser que deseaba librar de la muerte a los tripulantes de la «Urano-V» intentaba de nuevo enviar un mensaje telepático al segundo de a bordo.

¿Lo captaría Iván Kiseu esta vez?

* * *

Otto Gluth y Baerbel Rischer no se separaban del amplio mirador del puente de mando de la «Titán», desde donde vigilaban la pequeña nave en la que se alejaron sorprendentemente Alfons y Renata Bucci.

Seguía en contacto con la nave extraterrestre.

—¿Qué habrá sido de ellos, Otto? —murmuró Baerbel.

—¿Te refieres a Alfons y Renata?

—Sí.

—No lo sé.

—Quizá estén muertos...

—No lo creo.

—El ser que envió el mensaje telepático al comandante Quarrie dijo que pereceríamos todos si nos acercábamos a este lugar.

—Evidentemente, existe un peligro. La duda está en si seremos capaces de vencerlo o no.

—No podemos luchar contra él, encerrados en esta nave.

—El comandante Quarrie hallará el modo de sacarnos de aquí, estoy seguro.

—Lo veo difícil, Otto. Nada funciona.

Otto Gluth rodeó con su brazo los hombros de Baerbel Rischer, tiernamente.

—No pierdas la fe, Baerbel.

Ella le miró a los ojos.

Fijamente.

Sus finos labios se entreabrieron.

Parecía pedirle un beso.

Eso, al menos, creyó Otto, y se lo dio.

Breve.

Cálido.

Suave…

Baerbel le pasó los brazos por el cuello y su cuerpo tomó contacto con el de él.

—Otto…

—¿Qué?

—Bésame otra vez, pero más fuerte. Lo necesito.

Otto la abrazó y volvió a besarla.

Con mucha pasión, esta vez.

El beso, largo y profundo, los excitó a los dos.

Otto oprimió los túrgidos senos de Baerbel por encima del ligero traje espacial.

Ella separó un instante sus labios de los de él y, tras sonreírle con suavidad, se abrió el traje hasta la cintura, volviendo a unir seguidamente su boca a la de Otto.

Este deslizó su mano por la abertura del traje y aprisionó los pechos femeninos, que no tardaron en reaccionar a sus hábiles caricias.

Por fortuna, Otto Gluth, consciente de su responsabilidad, vigilaba con un ojo la pequeña nave terrestre, y ello le permitió descubrir que el túnel de

ésta se replegaba. Otto dio un respingo y separó bruscamente su boca de la de Baerbel Rischer.

—¡Mira, Baerbel! —señaló la nave con la misma mano que un instante antes había hecho ahogar un par de gemidos de placer a la hermosa rubia.

Esta también respingó.

—¡Alfons y Renata dejan la nave extraterrestre! —exclamó, alegrándose.

—¡Corre a avisar al comandante! —indicó Otto, muy contento también—. ¡Lo encontrarás en el hangar!

Baerbel Rischer se subió la cremallera del traje y se lanzó en busca del comandante Quarrie y la doctora Fraser.

No tardó mucho más de un minuto en alcanzar el hangar.

Sandro Quarrie y Mauren Fraser se hallaban allí, en efecto, pero Baerbel no se atrevió a llamarlos, porque los sorprendió el uno en brazos del otro, besándose fogosamente, Baerbel descubrió también que la doctora tenía el traje abierto y que el comandante Quarrie le acariciaba los senos con avidez.

—Dios sabe cuánto siento tener que interrumpirles ahora, porque a mí tampoco me hace ni pizca de gracia que me interrumpan en situaciones como ésa, pero no tengo más remedio… —murmuró, antes de gritar—: ¡Comandante Quarrie! ¡Doctora Fraser!

Sandro y Mauren respingaron a dúo.

—¡Es Baerbel! —exclamó el primero.

—Tendremos que seguir en otro momento,

comandante —rezongó la doctora, subiéndose rápidamente la cremallera.

Como Sandro no había sacado todavía la mano de la abertura, Mauren se la pellizcó con el cierre y le obligó a dar un gritito.

Baerbel se dio cuenta del hecho y se cubrió la boca con la mano, para que el comandante Quarrie y la doctora Fraser no la vieran sonreír.

Sandro ya había sacado la mano de tan delicioso lugar y se lamía disimuladamente el punto pellizcado por el cierre de la cremallera, el cual ya había subido totalmente Mauren.

—¿Qué ocurre, Baerbel? —preguntó Sandro.

—¡Alfons y Renata regresan de la nave extraterrestre, comandante! —informó la rubia.

—¡Corramos, doctora! —indicó Sandro, tomando de la mano a Mauren y tirando de ella. Instantes después, se reunían con Otto Gluth.

Este, junto al mirador, exclamó:

—¡Vienen hacia aquí, comandante!

Sandro Quarrie observó la pequeña nave.

—Sí, es cierto. Pero no debemos confiarnos. Puede que en la nave viajen Alfons y Renata, o puede que no. Empuñad vuestras pistolas y poneos a cubierto —indicó, desenfundando su arma.

Otto, Baerbel y Mauren desenfundaron las suyas y corrieron a protegerse.

Sandro Quarrie se ocultó también, más cerca que nadie de la puerta de la astronave. Esperaron.

Quietos

Silenciosos.

Conteniendo el aliento.

Pocos minutos después, la puerta de la «Titán» empezaba a abrirse.

El temor se reflejaba claramente en los rostros de Mauren Fraser y Baerbel Rischer, Temor que se convirtió en tremenda sorpresa cuando vieron aparecer a Alfons Smet. Solo… ¡y completamente desnudo!

Sandro, Mauren, Otto y Baerbel lo contemplaron con los ojos muy abiertos.

—Alfons… —musitó el primero. .

Alfons Smet, que se cubría pudorosamente sus atributos masculinos con ambas manos, carraspeó y dijo:

—Lo siento, comandante, pero ellos me han obligado a volver así, desnudo como un gusano…

CAPÍTULO VIII

Sandro Quarrie salió de detrás del aparato electrónico que escogiera para protegerse de un posible ataque y se acercó a Alfons Smet, sin guardar su pistola de rayos láser.

—¿Estás bien, Alfons?

—En cueros, pero bien —respondió Smet.

—¿Y Renata...?

—En la nave extraterrestre.

—¿Por qué se quedó allí?

—Ellos la tienen cautiva.

El comandante de la «Urano-V» entornó los ojos.

—¿Ellos...?

—Sí, los seres que viajan en esa nave. Son pequeños, insignificantes, pero viaja con ellos un robot parlante cuyo poder es infinito. Renata le disparó, con su pistola de rayos láser y sólo le hizo cosquillas. Él fue quien nos obligó a quedarnos en cueros.

—¿Por qué?

—Para conducirnos así a presencia de esos pequeños y extraños seres, que son realmente feos. Después de contemplarnos largamente, el robot habló por ellos. Dijo que Renata se quedaba en la nave y que yo debía volver por ustedes.

—¿Por nosotros...?

—Sí, comandante. El robot me ordenó que les lleve conmigo. Si dentro de treinta minutos, no estamos los cinco allí, Renata morirá. Y morirá abrasada.

La doctora Fraser, Otto Gluth y Baerbel Rischer,

que se habían acercado también a Alfons Smet, se estremecieron al escuchar las últimas palabras de éste.

Tras unos quince segundos de silencio, Sandro Quarrie preguntó:

—¿Qué ha sido de las tripulaciones de todas estas naves, Alfons?

—No lo sé, comandante. Aunque sospecho que esos seres los hicieron prisioneros, utilizando el extraordinario poder de su robot. Este, desde su nave, controla toda esta área del espacio. Esta nave, por ejemplo, no se moverá si él no quiere. Ni las otras tampoco. Renata y yo fuimos a la nave extraterrestre dirigidos por él. Yo traté de impedirlo, pero no hubo manera. Los mandos no me obedecían, el transmisor de la nave no funcionaba, ni los que Renata y yo llevábamos al cinto.

—Los nuestros tampoco funcionan —informó Sandro Quarrie.

—Ya lo suponía. Nada puede funcionar en este lugar, a menos que el robot lo permita. Estamos atrapados, comandante. Y la «Urano-V» también lo estará, si se aproxima demasiado.

Sobrevino un silencio.

Largo.

Tenso.

Sandro Quarrie trataba de hallar una solución, pero no se le ocurría nada que pudiera ser efectivo.

Alfons Smet, siempre con las manos sobre lo que tenía de hombre, preguntó:

—¿Qué piensas hacer, comandante?

—Lo estoy meditando, Alfons.

—No queda mucho tiempo, comandante. Si no obedecemos al robot, Renata...

—Morirá abrasada, lo sé.

—No lo permitirá usted, ¿verdad, comandante?

—No, claro que no.

—Estaba seguro de ello —sonrió Alfons.

Sandro Quarrie se pasó la mano por la nuca.

—Iremos a la nave extraterrestre. Y, una vez en ella, sobre el terreno, estudiaremos la manera de inutilizar a ese robot parlante. Sé que no será fácil, pero...

—A mí se me antoja imposible, comandante.

—Yo soy de los que creen que no hay nada imposible, Alfons. Por muy poderoso que sea ese robot, tendrá algún punto débil. Y nosotros procuraremos descubrirlo.

—Ojalá lo consigamos, comandante, porque si no...

—Vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo —dijo Sandro Quarrie, dando un paso hacia la puerta de la astronave. No pudo dar más, porque la voz de Alfons Smet le detuvo:

—Comandante...

—¿Sí, Alfons?

—No pueden ir así.

—¿No podemos ir cómo?

—Vestidos...

El comandante de la «Urano-V» respingó ligeramente.

—¿Quieres decir que tenemos que...?

—Sí, comandante —asintió Alfons.

Sandro Quarrie volvió la mirada hacia Mauren

Fraser, Otto Gluth y Baerbel Rischer.

Los tres tenían una cara que daba risa.

Pero el comandante Quarrie no se rio.

Aquello era muy serio.

Desnudos.

Tenían que ir desnudos a la nave extraterrestre.

Eso les impediría llevar armas.

Y, sin armas, escapar de la nave extraterrestre iba a ser mucho más difícil, por si no lo era ya bastante.

—¿Te ordenó el robot que fuéramos desnudos, Alfons? —preguntó Sandro.

—Sí, comandante. Completamente desnudos.

—¿Qué crees que pasaría si nos presentamos vestidos?

Alfons Smet compuso una mueca significativa.

—No se lo aconsejo, comandante. Renata y yo nos negamos en principio a quitarnos la ropa, y el robot, furioso, nos soltó un chorro de luz verdosa que nos hizo temblar como si estuviéramos agarrados a un cable de alta tensión. Tras esa dolorosa tortura, el robot nos dijo que haría arder nuestras ropas si no nos las quitábamos inmediatamente ocasionándonos dolorosas quemaduras. Renata y yo ya no volvimos a desobedecer en nada.

—Entiendo

—No crea que a mí me agrada caminar con las manos aquí abajo y el culo al aire, comandante, pero...

—Más que ir desnudo, lo que me preocupa es que así no podemos llevar oculta ningún arma.

—No importa comandante. Contra el robot no servirán de nada. Ya le he contado que Renata disparó

sobre él y…

—Sí, ya me lo has contado —rezongó Sandro, y volvió a mirar a Otto, Baerbel y la doctora Fraser—. Bien, ya lo habéis oído. Si no queremos que Renata muera abrasada, tenemos que quedarnos en cueros vivos. Yo no me lo pienso más —dijo, desabrochándose el cinto.

Otto, Baerbel y Mauren siguieron quietos.

Observándole con fijeza.

Sin el más leve pestañeo.

Sandro se quitó las botas, se bajó la cremallera y se despojó del traje, quedando en slip. En ese momento dio la espalda a los estáticos Otto, Baerbel y Mauren, y se bajó el slip, mostrando su velludo trasero.

Completamente desnudo ya, y sin volverse, dijo:

—Vamos, Alfons.

—Sí, comandante.

Echaron a andar los dos, cubriéndose los órganos genitales con las manos.

Cruzaron el corto túnel de paso y se metieron en la pequeña nave, ocupando los asientos delanteros.

En la «Titán», la doctora Fraser suspiró y dijo:

—Ya no somos unos chiquillos, ¿verdad?

—Desde luego que no, doctora. Y se verá en cuanto nos quitemos la ropa —repuso socarronamente Otto Gluth.

—Venga, no perdamos más tiempo. Si al comandante Quarrie y a Alfons no les importa enseñar el culo, a nosotros tampoco debe importarnos.

—Bien dicho, doctora Fraser —sonrió Baerbel Rischer.

En poco más de un minuto, los tres estuvieron desnudos.

En fila india y con las manos delante, cubriéndose lo más íntimo, se dirigieron a la pequeña nave.

Otto cerraba deliberadamente la fila, porque así podía contemplar a sus anchas los formidables traseros de Mauren y Baerbel, aunque por aquello de la novedad, se fijó más en el de la doctora, prieto y erguido, realmente tentador.

Sandro y Alfons los oyeron entrar en la nave, pero no volvieron las cabezas, evitando así que la situación resultase más embarazosa todavía.

Mauren y Baerbel se sentaron detrás del comandante Quarrie, y Otto, un tanto desilusionado, se sentó detrás de Alfons.

Y es que Otto, por razones obvias, hubiera preferido sentarse junto a Baerbel o la doctora Fraser, pero tuvo que conformarse con observar, y con disimulo, los rotundos senos de una y otra.

También, por ser la primera vez que tenía oportunidad de contemplarlos, prestó una mayor atención a los de la doctora Fraser, para quienes lo de las leyes de la gravedad era un cuento chino.

La puerta de la «Titán» ya se había cerrado.

También la de la pequeña nave empezó a cerrarse.

Cuando se hubo cerrado totalmente, el mundo que replegaba el túnel de paso se accionó solo, sin que nadie lo tocara.

—Ya se lo dije, comandante —habló Alfons Smet—. El robot lo controla todo desde la nave extraterrestre.

—Sorprendente —comentó Sandro Quarrie.

—Fantástico —dijo Gluth, pero él no se refería al robot, sino al busto de la doctora Fraser, que seguía contemplando por el rabillo del ojo.

Segundos después, la nave se ponía en movimiento, pilotada a distancia por el robot. Súbitamente, al comandante Quarrie empezó a dolerle la cabeza.

Sandro, adivinando que su misterioso amigo intentaba enviarle otro mensaje telepático, cerró los ojos y se concentró al máximo, el cuerpo totalmente relajado.

Con ello, no sólo logró que el dolor no se acentuara, sino que desapareciera. Entonces, empezó a oír la oscura y extraña voz, sonando dentro de su cabeza, en su mismo cerebro.

Y lo que le dijo el desconocido amigo, le heló la sangre en las venas.

CAPÍTULO IX

Alfons Smet preguntó:

—¿Le ocurre algo, comandante?

Sandro Quarrie abrió los ojos y lo miró.

Extrañamente.

Con un brillo acerado en sus pupilas.

Repentinamente, el comandante de la «Urano-V» saltó sobre Alfons Smet y le propinó un puñetazo en la sien.

Alfons cayó al suelo, donde quedó inmóvil, sin sentido.

La doctora Fraser, Baerbel Rischer y Otto Gluth se quedaron perplejos.

—¿Se ha vuelto loco, comandante...? —exclamó Mauren.

—¿Por qué le ha pegado a Alfons...? —inquirió Baerbel.

Sandro Quarrie, que ya no se preocupaba de cubrir lo más intimo de su anatomía, masculló:

—No es Alfons, es uno de ellos.

La perplejidad de Mauren, Baerbel y Otto aumentó considerablemente, pero ya no les dio tiempo a hacer más preguntas.

El cuerpo desnudo de Alfons Smet estaba sufriendo una profunda metamorfosis. Profunda... y rápida.

En sólo unos segundos, quedó convertido en un ser realmente escalofriante.

Cabeza de serpiente...

Miembros de batracio...

Piel verdosa, brillante y húmeda…

Menos mal que se trataba de un ser pequeño, apenas metro veinte de estatura. De haber medido un par de metros, por ejemplo, hubiera sido como para desmayarse de horror.

Aun así, Mauren Fraser y Baerbel Rischer estaban a punto de desvanecerse.

—¡Es un ser horrible! —exclamó la doctora, pálida como un difunto.

—¡Alucinante! —dijo Baerbel, no menos blanca que Mauren.

—¿Cómo… supo usted qué…? —tartamudeó Otto Gluth, igualmente impresionado. Sandro Quarrie explicó:

—Nuestro misterioso amigo me envió otro mensaje telepático. Él me dijo que el hombre que había vuelto de la nave extraterrestre no era el verdadero Alfons Smet, sino uno de esos pequeños y espantosos seres. Son mutantes y pueden adoptar cualquier forma. Al dejarlo sin sentido de un puñetazo, recobró su forma primitiva.

—¡Qué horror! —se estremeció Mauren Fraser.

—Entonces, el verdadero Alfons… —murmuró Otto Gluth.

—Está cautivo en la nave extraterrestre, como Renata —adivinó Sandro Quarrie.

—Nosotros también lo estaremos, dentro de poco —musitó Baerbel Rischer, mirando la nave extraterrestre, muy próxima ya.

—Nuestra situación es mucho mejor ahora —aseguró el comandante Quarrie—. Tenemos a uno de

esos seres en nuestro poder. Y, por fortuna, no se trata de uno cualquiera de ellos, sino de Cor, su jefe —reveló.

—¿Qué...? —exclamó Mauren.

—¿Cor...? —repitió Baerbel.

—¿Su jefe...? —dijo Otto.

—Sí, nuestro amigo me lo dijo —asintió Sandro—. El robot ya debe saber lo que ha pasado aquí, y si no quiere que matemos a Cor, tendrá que obedecer nuestras órdenes.

Dicho esto, Sandro Quarrie fue a la popa de la nave, donde además de varios trajes térmicos, escafandras, botellas de oxígeno, botas especiales, propulsores individuales y una caja de herramientas, había también un par de fusiles de rayos láser.

Tomó uno de éstos y volvió junto al ser extraterrestre, al cual agarró con una sola mano y sentó en el sillón del piloto.

El contacto de aquella piel verdosa y resbaladiza produjo un estremecimiento de repugnancia al comandante de la «Urano-V».

—Qué asco de ser —rezongó, frotando la palma de su mano contra el respaldo del sillón.

Lo sucedido había hecho olvidar a los cuatro terrestres que se hallaban completamente desnudos, y ninguno de ellos se molestaba ya en cubrirse nada.

Curiosamente, ahora que todo estaba a la vista, no se observaban.

Sólo tenían ojos para Cor, el jefe de los pequeños y horripilantes seres extraterrestres, que seguía inmóvil y con los ojos cerrados.

Sandro Quarrie se sentó en su sillón y conectó el transmisor de la nave. La pantalla, como él ya esperaba, no se encendió.

Seguía inutilizado por el poderoso robot.

Pese a ello, el comandante Quarrie habló:

—Sé que nos estás viendo y escuchando, robot. Deja que te veamos y te escuchemos nosotros a ti, a través de la pantalla del transmisor. Tenemos que hablar, robot. Y antes de que nuestra nave tome contacto con la vuestra, porque si eso sucede, y vemos que la puerta se abre, dispararé sobre Cor con este fusil de rayos láser y lo convertiré en una masa de carne abrasada.

* * *

Tan sólo tres segundos después, la pantalla se iluminaba y la cuadrada cabeza del robot aparecía en ella.

—Te escucho, terrestre —dijo el ingenio mecánico, con su metálica voz.

—¿Están vivos Alfons y Renata? —interrogó Sandro.

—Sí.

—¿Les habéis hecho algún daño?

—No.

—Espero que eso sea cierto, porque de lo contrario, Cor lo va a pasar muy mal.

—Repito que el hombre y la mujer están perfectamente, terrestre.

—Vas a dejarlos en libertad, robot.

—¿Dejaréis vosotros libres a Cor?

—Sí, pero no en seguida. Lo soltaremos cuando nos hallemos todos en la «Urano- V», lejos de tu maldito poder.

—¿Cómo sé que cumplirás tu palabra?

—Tendrás que fiarte, amiguito.

—Si no dejáis libre a Cor, os perseguiremos y...

—Menos amenazas, cara de dado. Somos nosotros quienes tenemos la sartén por el mango, no tú. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Perfectamente.

—Presta atención a lo que voy a decirte, pues.

—Habla, terrestre.

—Suelta inmediatamente a Alfons y Renata, y devuélveles sus ropas. Que vengan aquí, a nuestra nave. Pero solos, ¿eh? Si te vemos asomar a ti por la puerta, mataremos a Cor.

—Yo no me acercaré a vuestra nave.

—Buen chico, eso es lo que nosotros queremos. ¡Ah!, y otra cosa. No se te ocurra darnos gato por liebre, ¿eh?

—Nosotros no tenemos gatos en la nave. Tampoco liebres.

—No te pases de listo, robot. Sé que has entendido lo que he querido decir.

—Desde luego. Temes que no envíe a los verdaderos Alfons y Renata.

—Sabía que lo habías cogido, compañero.

—No te preocupes, enviaré a los auténticos Alfons y Renata.

—Si no es así, Cor sufrirá las consecuencias.

—Jugaré limpio, terrestre.

—Esperemos que sí, por el bien de todos.

—Corto la comunicación, terrestre.

—Corta lo que quieras, pero no vuelvas a inutilizar nuestro transmisor. Quiero hablar con mi astronave.

—¿Para qué?

—Deseo hacerles saber que estamos bien.

—¿Sólo eso?

—¿Te parece poco?

—De acuerdo, puedes utilizar el transmisor, terrestre.

—Muy amable.

La imagen del robot desapareció de la pantalla, pero ésta permaneció encendida.

Como la pequeña nave ya se había detenido junto a la nave extraterrestre, Sandro Quarrie se volvió un instante hacia Otto Gluth e indicó:

—Toma el otro fusil de rayos láser y vigila la puerta, Otto. Nuestro túnel de paso se halla replegado, pero pueden desplegar ellos el suyo y sorprendernos.

—Entendido, comandante —respondió, Otto, levantándose de su asiento.

En traje de Adán y sin hoja de parra delante fue en busca del fusil.

Sandro Quarrie llamó a la «Urano-V».

En la pantalla no apareció la imagen de Iván Kiseu, sino la de Petar Bogdanov, lo cual sorprendió a Sandro.

—¡Comandante, qué alegría! —exclamó el tripulante.

—¿Dónde está Iván, Petar?

—Ha sufrido un desvanecimiento, comandante, y

estamos tratando de reanimarle.

—¿Qué le pasó?

—El no poder comunicar con ustedes nos llenó de preocupación a todos, comandante, e Iván decidió que nos aproximáramos a ese misterioso lugar con la «Urano-V».

—¿Llegasteis a hacerlo?

—No, porque en ese preciso instante a Iván empezó a dolerle la cabeza terriblemente y cayó al suelo, dando gritos. Cuando se le pasó y dio nuevamente la orden de ponernos en movimiento, le volvió a suceder. No pudo resistir el dolor y se desvaneció.

—Dile a Iván que no se alarme. Conozco la causa de ese terrible y repentino dolor de cabeza, porque yo también lo sufrí.

—¿De veras, comandante...?

—Sí, Petar.

—¿Por qué va con el torso desnudo, comandante?

—Con algo más que el torso, Petar, pero ésa es otra historia.

—¿Interesante?

—Sí, mucho —sonrió Sandro.

—Ya siento deseos de conocerla, comandante.

—No os mováis de ahí, Petar. Dentro de unos minutos, estaremos de regreso en la astronave. Y dile a Iván que llevaremos un invitado con nosotros.

—¿Un invitado, comandante...?

—Sí; se llama Cor y tiene un físico muy particular. Lo advierto para que nadie se asuste cuando lo vea.

—¿Tan feo es, comandante...?

—Bastante más que tú, Petar.

—¡Diablos, comandante, que yo no estoy tan mal! —exclamó el tripulante, riendo. Sandro, Otto, Mauren y Baerbel también rieron.

—Sólo era una broma, Petar —dijo el primero.

—Ya lo sabía, comandante.

—Corto la llamada, Petar.

—Hasta pronto, comandante.

Sandro Quarrie apagó la pantalla y se volvió hacia Mauren Fraser.

—Nuestro misterioso amigo intentó enviar un mensaje telepático a Iván, seguramente para advertirle del peligro que correrían si se acercaban a este lugar, pero Iván no pudo captarlo y se desvaneció.

—¿Dónde se encontrará ese ser que tanto se preocupa por nosotros? —se preguntó la doctora.

—No lo sé, pero espero conocerle cuando todo esto termine. Deseo expresarle personalmente mi gratitud.

—Se lo merece, desde luego.

—También se merece una pequeña regañina, por no haberle enviado el segundo mensaje telepático a usted unos minutos antes, comandante, cuando aún estábamos vestidos —dijo Baerbel Rischer.

—¿Estás de acuerdo con Baerbel, Otto? —preguntó Sandro.

—En absoluto, comandante. Yo, en vez de regañarle, le daré las gracias.

Sandro Quarrie contempló sin ningún disimulo los exuberantes senos de Mauren Fraser y Baerbel Rischer, y luego dijo:

—Creo que yo también se las daré, Otto.

—Vaya par de bribones, ¿eh, doctora? —rezongó Baerbel

—Son hombres, Baerbel — sonrió Mauren.

—Usted y yo no podemos tener la menor duda sobre eso.

—Ninguna, desde luego —rio la doctora Fraser, siendo imitada por Sandro, Otto y la propia Baerbel.

CAPÍTULO X

A Alfons Smet y Renata Bucci les habían pasado muchas cosas desde que cruzaron la puerta de guillotina, completamente desnudos y seguidos de cerca por el poderoso robot parlante.

Aquella puerta conducía a una sala circular, amplia e iluminada por una luz amarillenta que surgía del techo.

En aquella sala, sentados en el suelo, sobre una especie de almohadones plateados y brillantes, había casi dos docenas de aquellos pequeños y espeluznantes seres de piel verdosa, miembros de batracio y cabeza de serpiente.

Renata Bucci lanzó un chillido de terror y se abrazó a Alfons Smet.

—¡Alfons!

Alfons Smet, tan horrorizado como ella, sólo acertó a musitar:

—Dios...

El robot ordenó:

—Caminad, terrestres.

Alfons y Renata no se movieron.

El terror paralizaba sus piernas.

El robot, demostrando una vez más que tenía poca paciencia, alzó los brazos y soltó un par de rayos —azulados, en esta ocasión—, que fueron a estrellarse en los desnudos traseros de la pareja de terrestres.

Alfons y Renata chillaron agudamente y se llevaron las manos a las nalgas, quemadas, aunque de forma

leve, por los rayos azulados enviados por el robot.

Este advirtió:

—La próxima vez os dolerá mucho más si no obedecéis, terrestres.

Alfons y Renata, que no tenían la menor duda de ello, avanzaron lentamente hacia los horribles seres extraterrestres, masajeándose las escocidas posaderas.

Los extraterrestres los observaban fijamente con sus redondos ojos, muy salidos y brillantes.

—Deteneos, terrestres —ordenó el robot, cuando ya Alfons y Renata se hallaban a sólo un par de metros de los extraterrestres.

Alfons Smet y Renata Bucci se quedaron quietos, abrazados el uno al otro.

De pronto, uno de aquellos pequeños y monstruosos seres se irguió, casi de un salto.

Alfons y Renata, instintivamente, dieron un paso atrás.

El robot dijo:

—No retrocedáis, terrestres. Si os movéis, volveréis a sentir en vuestras nalgas la dolorosa mordedura de los rayos caloríficos.

La amenaza hizo su efecto, y Alfons y Renata no retrocedieron ni un centímetro cuando el horrible ser se acercó a ellos, caminando como un pato.

El extraterrestre se detuvo a un palmo escaso de Alfons y Renata, a los cuales tocó con sus húmedas y repulsivas manos, de sólo cuatro dedos, unidos entre sí por unas delgadas membranas.

Alfons y Renata se estremecieron de asco, pero no se movieron.

Sabían que el robot les calentaría de nuevo el trasero si retrocedían un solo paso.

El horrible ser palpó los muslos de los terrestres, sus caderas, sus vientres, sus nalgas, sus torsos, hasta donde alcanzaron sus cortos brazos, que en el caso de Renata Bucci fue hasta sus senos, los cuales tampoco se libraron del desagradable toqueteo.

El extraterrestre parecía querer comprobar la firmeza de las carnes de la pareja de cautivos.

Su firmeza… y su sabor.

Sí, porque abrió su fea boca y sacó su bífida lengua por entre sus dos filas de blancos y agudos dientes, con la cual empezó a lamer los cuerpos de los terrestres.

El contacto viscoso y repugnante de aquella lengua partida en dos produjo un nuevo estremecimiento en Alfons Smet y Renata Bucci, mucho más largo y profundo que los anteriores.

—Alfons… —musitó ella.

—No podemos evitarlo, Renata —repuso él.

—¿Qué pretende este horrible ser?

—No lo sé.

—Me muero de asco.

—Y yo.

—Que termine pronto este suplicio, Dios mío —pidió Renata, cerrando los ojos un instante.

El espantoso ser, toca que te toca y lame que te lame, se había situado detrás de la pareja de terrestres, y lamía ahora sus nalgas.

De pronto, clavó sus afilados dientes en el trasero de Renata Bucci, arrancando un grito de dolor a la joven, que se arqueó hacia adelante.

—¡Renata! —exclamó Alfons Smet.

—¡Me ha mordido, Alfons!

Alfons Smet giró la cabeza y observó las nalgas de Renata Bucci.

La derecha sangraba ligeramente.

Alfons se fijó a continuación en la horrible cara del extraterrestre, descubriendo que sus ojos brillaban ahora con mucha más fuerza.

Se diría que la visión de la roja sangre de Renata le excitaba.

Y así debía ser, pues el monstruoso ser empezó a lamer con avidez la leve herida que había causado con sus dientes, limpiándola de sangre.

El robot se dejó oír:

—No os asustéis, terrestres. Cor sólo desea comprobar si vuestra sangre es de buena calidad. Si le satisface su sabor, conservaréis la vida.

—¿Y si no le satisface…? —se atrevió a preguntar Alfons.

—Moriréis, terrestres.

Una oleada de frío estremeció los desnudos cuerpos de Alfons y Renata. Esta musitó:

—Debe tratarse de una pesadilla, Alfons. No podemos estar viviendo algo tan horrible, no puede ser real…

—Desgraciadamente lo es, Renata. Que sigamos con vida o no, depende de que a este repugnante ser, llamado Cor, le guste el sabor de nuestra sangre o no le guste.

—La tuya le satisface, mujer —habló el robot—. Tú no morirás.

Alfons Smet sonrió levemente.

—Ya lo has oído, Renata. Tú seguirás con vida.

—¿Y tú...?

—Lo sabré en cuanto Cor me suelte el mordisco y cate mi sangre, como quien cata vinos. Renata volvió la cabeza y miró al extraterrestre.

—Ya se dispone a morderte, Alfons... —advirtió.

—Espero que no me haga mucho daño.

No, no le hizo mucho.

Le hincó los dientes sólo lo suficiente para que la sangre brotara, roja y caliente, y entonces, como ya hiciera con Renata, el repulsivo ser le lamió ávidamente la herida.

—¿Qué, está buena, compañero? —preguntó Alfons, quien no había podido contener un gemido cuando el extraterrestre le mordió la nalga zurda.

El robot informó:

—A Cor le gusta tu sangre, terrestre. Tampoco tú morirás.

—Menos mal —respiró Alfons.

Cor volvió a ponerse delante de la pareja de terrestres, pero no tan cerca como antes, sino a un metro de distancia, porque ya había terminado con los toqueteos y los lamidos.

El robot ordenó:

—Sepárate de la mujer, terrestre.

—¿Por qué? —preguntó Alfons, abrazando con más fuerza a Renata.

—Obedece.

—Alfons... —musitó Renata.

—Tranquila, no pasará nada. Los dos tenemos una

sangre muy rica —le sonrió Alfons, pellizcándole cariñosamente la mejilla.

Luego la soltó y se separó de ella cosa de medio metro.

Cor lo miró fijamente con sus redondos ojos, que ya no brillaban con tanta intensidad. Súbitamente, la imagen del extraterrestre empezó a deformarse, a la vez que crecía su tamaño.

Alfons Smet y Renata Bucci se asustaron tanto que estuvieron a punto de echar a correr, y probablemente lo hubieran hecho, de no oír la metálica voz del robot:

—Cor está cambiando de forma, no temáis.

El terror de Alfons y Renata se tornó en sorpresa al ver que el extraterrestre se convertía en el doble de Alfons Smet.

—¡Eres tú, Alfons! —exclamó Renata, con unos ojos como platos.

—Esto hay que verlo para creerlo —murmuró Alfons, observando a Cor, que era como observarse a sí mismo.

El robot ordenó:

—Vuélvete hacia mí, terrestre.

Alfons obedeció.

El rectangular ojo del ingenuo mecánico empezó a emitir una extraña luz, que iba dirigida al rostro del terrestre, deslumbrándole.

Alfons quiso cerrar los ojos, pero no pudo.

Intentó protegérselos con las manos, pero no pudo levantar los brazos.

La extraña luz que le enviaba el robot lo tenía paralizado.

Alfons empezó a sentir una especie de hormigueo en el cerebro, que duró unos cinco minutos.

Después, el ojo del robot dejó de emitir aquella luz cegadora y paralizante, y el terrestre pudo pestañear y moverse.

—¿Qué te ha pasado, Alfons...? —preguntó Renata, asustada.

—No lo sé —respondió Smet, tocándose la frente.

El robot explicó:

—He extraído de tu cerebro los conocimientos necesarios para que Cor pueda suplantarte, terrestre.

—¿Suplantarme...? —exclamó Alfons.

—Sí. Tiene que traer aquí al comandante Quarrie y los otros tres terrestres que iban con vosotros en la nave de reconocimiento.

Alfons Smet sufrió un ataque de rabia al oír aquello y, sin pensar en las consecuencias que su acto pudiera traerle, saltó sobre su doble y le aprisionó el cuello.

—¡Tú no suplantarás a nadie, bicho asqueroso! —rugió, apretándole el gaznate con todas sus fuerzas.

Pero no pudo apretárselo mucho tiempo, porque el robot levantó su brazo derecho y le envió un rayo, purpúreo esta vez, y Alfons Smet se desplomó en el acto, privado del sentido.

—¡Alfons! —gritó Renata Bucci, dejándose caer sobre él.

Del orificio que tenía el robot en el vértice de su pinza brotó otro rayo purpúreo, que alcanzó a la mujer terrestre en la espalda, dejándola inconsciente también.

CAPÍTULO XI

En la pequeña nave terrestre, el comandante Quarrie, la doctora Fraser, Otto Gluth y Baerbel Rischer aguardaban impacientes la llegada de Alfons Smet y Renata Bucci.

Cor, el jefe de los extraterrestres, seguía sentado en el asiento del piloto, inconsciente, y Sandro Quarrie lo vigilaba, el fusil de rayos láser firmemente empuñado.

Otto Gluth, con el fusil, permanecía de pie cerca de la puerta, esperando que ésta se abriera de un momento a otro.

El comandante de la «Urano-V» había desplegado el corto túnel de paso, y no tuvo dificultad para ello, pues todos los mandos de la nave volvían a funcionar con normalidad. De pronto, la puerta empezó a abrirse.

—¡Alerta, comandante! —exclamó Otto, apuntando al hueco con su fusil.

Sandro Quarrie también se había dado cuenta de que la puerta se abría y ya apuntaba hacia allí con su arma.

Mauren Fraser y Baerbel Rischer, en sus asientos, contuvieron la respiración y se apretaron la una contra la otra, en un acto más bien instintivo.

La puerta acabó de abrirse y Alfons Smet y Renata Bucci penetraron en la nave, completamente desnudos, aunque en las manos llevaban sus ropas y éstas cubrían lo más íntimo de sus cuerpos.

Apenas estuvieron dentro, la puerta empezó a

cerrarse.

Alfons y Renata, muy pálidos, observaron al comandante Quarrie y a los otros.

—Están desnudos, Alfons.... —murmuró Renata.

—Cosa del robot, sin duda —adivinó Alfons.

Sandro Quarrie, que temía alguna jugarreta del robot, ordenó:

—Dejad vuestras ropas en el suelo.

—¿Por qué, comandante? —se extrañó Alfons.

—Obedeced.

Renata Bucci musitó:

—¿Por qué nos miran de ese modo tan raro, Alfons...?

—No lo sé, pero hagamos lo que nos dice el comandante —aconsejó Alfons Smet, y dejó su traje, sus botas y su cinto en el suelo, a sus pies.

Renata le imitó.

—Otto, comprueba que no hay ningún arma oculta entre las ropas de Alfons y Renata — indicó el comandante Quarrie.

Otto Gluth se acercó con precaución y revisó los trajes, las botas y los cintos.

—Nada, comandante —dijo, retrocediendo a continuación.

—¿Qué es lo que pasa, comandante? —inquirió Alfons—. Nos tratan ustedes como si fuéramos enemigos...

—Sabemos que esos pequeños y horribles seres son mutantes, y tengo que asegurarme de que sois los auténticos Alfons y Renata, no dos de ellos —explicó Sandro Quarrie.

—Oh, era eso… —sonrió Renata—. No tema, comandante Quarrie. Somos nosotros. El robot nos dejó en libertad, aunque no sabemos por qué. No nos dio ninguna explicación.

—Yo os lo diré: tenemos en nuestro poder a Cor, el jefe de esos seres.

—¿Qué…? —respingó Renata.

—¿Cor en su poder, comandante…? —exclamó Alfons.

Sandro Quarrie asintió con la cabeza y explicó:

—Se presentó ante nosotros con tu personalidad, Alfons, pero gracias a ese misterioso amigo nuestro, el de los mensajes telepáticos, le descubrimos y lo atrapamos. Está aquí, a mi lado, sentado en el sillón.

Alfons Smet dio un paso hacia allí, pero la voz del comandante de la «Urano V» le impidió seguir.

—¡Quieto, Alfons!

—Pero, comandante…

—No os mováis hasta que me convenza de que sois los verdaderos Alfons y Renata.

—Le juro que lo somos, comandante —insistió Renata Bucci.

—Lo siento, pero no puedo ni debo fiarme.

—Pues sí que estamos bien —rezongó Alfons.

—Renata.

—¿Sí, comandante?

—Quiero que hieras levemente a Alfons en el hombro, con una de tus uñas.

—Pero… —vaciló ella.

—Hazlo, Renata —autorizó Alfons.

Renata Bucci levantó la mano y clavó la uña de su

pulgar en el robusto hombro de Alfons Smet, haciendo brotar unas gotas de sangre.

—Es roja —dijo Sandro Quarrie.

—¿Esperaba que fuera verde, comandante…? —repuso Alfons, sarcástico.

—De ese color es la sangre de esos extraterrestres, lo sé porque Cor sangró ligeramente por la boca cuando le asesté el puñetazo que lo dejó sin sentido —explicó Sandro.

Alfons Smet se alegró al oír aquello.

—¿Quiere decir que ya se ha convencido de que soy Alfons, comandante…?

—Sí, ya no tengo dudas.

Sin esperar a que el comandante Quarrie se lo ordenara, Renata Bucci se clavó la uña en el hombro y se produjo una pequeña herida, que sangró inmediatamente.

—Roja también, comandante —dijo mostrando su hombro.

Los rostros de Sandro Quarrie, Mauren Fraser, Baerbel Rischer y Otto Gluth se llenaron de alegría.

—¡Son ellos, comandante! ¡Los auténticos Alfons y Renata! —exclamó Otto, eufórico, y corrió a abrazarlos a los dos.

A Renata la abrazó más largamente, el muy cuco.

La doctora Fraser y Baerbel saltaron de sus asientos y también ellas abrazaron efusivamente a Alfons y Renata.

A Alfons le encantó tener entre sus brazos a Mauren y Baerbel, pero mucho más estrechar el cuerpo desnudo de la doctora, por aquello de que era

la primera vez que la abrazaba, con ropa o sin ella.

Sandro Quarrie, al ver a los dos hombres y las tres mujeres abrazándose, sin nada encima, sonrió, mientras se decía que aquello parecía un campo nudista.

Una nave nudista, para ser más exactos.

—Bueno, basta ya, muchachos —dijo, dando unas palmadas—. Tenemos que alejarnos de la nave extraterrestre, es peligroso seguir cerca de ella.

Alfons, Renata, Otto, Baerbel y la doctora Fraser se separaron, y cada cual se dirigió a su sitio.

—¿No os ponéis vuestra ropas, Alfons? —dijo Sandro.

—Desentonaríamos, comandante —respondió Smet, haciendo reír a todos.

—¿Dónde están las ropas de ustedes, comandante? —preguntó Renata.

—En la astronave terrestre. Y vamos a ir en seguida por ellas. Si regresáramos a la «Urano-V» así, todos en traje de ducharse…

—Imagínese lo que pensarían Iván y los otros, comandante —rio Otto.

Sandro Quarrie agarró a Cor por uno de sus cortos brazos y lo dejó en el suelo, entre su sillón y el del piloto, que ocupó Alfons Smet.

Este miró con rencor al extraterrestre.

—¿Sabe lo que nos hizo este ser a Renata y a mí, comandante?

—¿Qué os hizo?

—Después de tocarnos todo el cuerpo con sus asquerosas manos y lamernos como si fuera un perro

con su repugnante lengua, nos arreó un mordisco a cada uno en el trasero y lamió la sangre que brotó de la herida.

—¿Qué...?

—Es cierto, comandante —corroboró Renata—. A estos seres les encanta la sangre humana. Y la carne humana también, me temo, por la forma de tocarnos y lamernos.

El estremecimiento fue general.

Sandro Quarrie preguntó:

—¿No visteis otros seres cautivos en la nave extraterrestre, Alfons?

—No. comandante.

—Cuando Cor despierte, averiguaremos qué ha sido de las tripulaciones de todas estas naves.

El comandante Quarrie ignoraba que Cor había despertado ya, porque éste fingía seguir inconsciente, en espera del momento propicio para intentar escapar del grupo de terrestres.

CAPÍTULO XII

Alfons Smet detuvo la pequeña nave junto a la puerta de proa de la «Titán» y desplegó el túnel de paso.

Segundos después, Sandro Quarrie indicaba:

—Abre la puerta, Otto.

Otto Gluth se levantó de su asiento y tomó el mando de control remoto de Renata Bucci, que se hallaba sujeto al cinto de ésta, todavía en el suelo, como su traje, su slip y sus botas, al igual que las cosas de Alfons Smet.

Lo accionó y la puerta empezó a abrirse.

Sandro Quarrie entregó el fusil de rayos láser a Alfons Smet, diciendo:

—Vigila a Cor, Alfons, mientras nosotros vamos por nuestras ropas.

—Bien, comandante.

—Renata, quédate con Alfons. Y puedes empezar a vestirte, si quieres.

—Lo haré, comandante —sonrió la sensual morena, pero no se levantó de su asiento. Sandro Quarrie, Mauren Fraser y Baerbel Rischer sí se levantaron de los suyos, y como la puerta de la nave ya estaba totalmente abierta, se metieron en el túnel de paso, precedidos por Otto Gluth, quien, con el mando de control remoto de Renata Bucci, abrió la puerta de la «Titán».

Penetraron los cuatro en la astronave.

—A vestirse tocan, muchachos —dijo Sandro,

recogiendo su slip del suelo.

—Sí, que ya hemos estado con el culo al aire demasiado tiempo —sonrió Mauren, recogiendo el suyo.

—Algo más que el culo, doctora —puntualizó Baerbel, tomando también su prenda íntima, descaradamente exigua.

—El cuerpo humano es hermoso, siempre deberíamos ir desnudos —opinó Otto, enfundándose ya su slip.

Entre bromas y jocosos comentarios, los cuatro se vistieron, se colocaron las botas y se abrocharon los cintos.

Mientras tanto, en la nave de reconocimiento, Renata Bucci se había decidido por fin a ponerse su ropa. Ya se había ajustado el sucinto slip y se disponía a enfundarse el traje, cuando Alfons Smet rogó:

—¿Quieres acercarme mi ropa, Renata? Así me iré vistiendo yo también.

—En seguida.

Renata recogió el traje, las botas, el slip y el cinto de Alfons, y se lo llevó, antes de ponerse su traje.

—Aquí tienes.

Alfons alargó la mano izquierda, pero en vez de tomar sus cosas, tomó el seno derecho de Renata y lo apretó con suavidad.

—¿Pero qué haces...? —exclamó ella.

—Me apetecía acariciarte.

—No es momento para caricias, Alfons.

—¿Por qué no?

—Tienes que vigilar a Cor.

—Sigue dormido, ¿no lo ves?

—Venga, toma tu ropa y vístete.

—A ti te gusta que te acaricie.

—Sí, pero no ahora.

—Embustera —sonrió Alfons, acercando sus labios al pecho desnudo de Renata, cuyos hermosos senos besó y mordisqueó sabiamente, mientras su mano acariciaba los sedosos muslos femeninos, las amplias caderas, el liso vientre...

Renata Bucci contuvo un gemido de placer y, con los ojos cerrados, rogó:

—Alfons, por favor. El comandante y los otros van a volver y nos van a pillar.

—Sólo un poco más —insistió Alfons, acariciando su intimidad por encima del slip.

Esta vez, Renata no pudo reprimir un gritito de gozo.

Como seguía con los ojos dulcemente cerrados, y Alfons tampoco podía ver nada, porque su cara estaba materialmente hundida entre los opulentos senos femeninos, ninguno de los dos descubrió que el cuerpo de Cor estaba sufriendo una rápida mutación.

En muy pocos segundos, el jefe de los extraterrestres se transformó en un pájaro.

Negro.

Feo.

De pico muy largo.

Aquella especie de cuervo levantó el vuelo, y el leve ruido que produjo el batir de sus alas volvió a la realidad a Alfons Smet y Renata Bucci.

—¡Es un pájaro, Alfons! —exclamó ella,

asombrada.

—¡No es un pájaro, es Cor! —rugió él, descubriendo que el extraterrestre había desaparecido.

Cor volaba hacia el túnel de paso, donde se introdujo rápidamente.

Alfons Smet escupió una maldición y se lanzó tras él, gritando:

—¡Alerta, comandante! ¡Cor se ha convertido en un pájaro y vuela hacia ahí!

Los gritos de Alfons llegaron al mismo tiempo que Cor salía del túnel, volando muy rápido.

Otto tomó velozmente el fusil de rayos láser y apuntó al pajarraco, pero Sandro Quarrie le bajó el brazo de un zarpazo y gritó:

—¡No, Otto! ¡Tenemos que atraparlo vivo! ¡Si matamos a Cor, el robot nos destruirá a todos!

Alfons Smet ya salía del túnel, desnudo y con el otro fusil de rayos láser en las manos, seguido de Renata Bucci, cubierta sólo con el reducido slip.

—¡ Lo siento, comandante! ¡Me distraje un momento y no pude evitar que...!

—¡Eso no importa ahora, Alfons! ¡Tenemos que atrapar de nuevo a Cor, o jamás saldremos de este maldito lugar!

—¡ Ha escapado por allí, comandante! —señaló Otto Gluth.

—¡Vamos por él! ¡Alfons, Renata, vosotros quedaros aquí, vigilando la puerta de la astronave! ¡Cor no debe cruzarla, huiría en nuestra nave!

—¡Descuide, comandante! —repuso Alfons.

Sandro Quarrie, Mauren Fraser, Otto Gluth y

Baerbel Rischer se lanzaron en busca de Cor.

—¡Otto! ¡Baerbel! ¡Id vosotros por allí! —indicó el comandante de la «Urano-V»—. ¡Usted venga conmigo, doctora Fraser!

* * *

Poco después de haberse separado, Sandro Quarrie y Mauren Fraser escuchaban un grito, lanzado por una garganta femenina.

—¡Es Baerbel! —exclamó Mauren, estremeciéndose.

—¡Corramos, doctora! —rugió Sandro, lanzándose hacia el lugar desde el cual había sido emitido el grito.

Al llegar allí, descubrieron a Baerbel Rischer.

Yacía en el suelo, de bruces.

No lejos de ella, yacía Otto Gluth, igualmente de bruces.

—Dios mío… —gimió Mauren Fraser.

—Se han dejado sorprender por Cor, que ya debe de haber cambiado de forma — masculló Sandro Quarrie.

La doctora Fraser tocó el cuello de Baerbel y luego el de Otto.

—Sólo están desvanecidos —informó, dando un suspiro de alivio.

—Vamos, doctora. Tenemos que encontrar a ese condenado ser. Es mucho más peligroso de lo que yo creía.

Sandro Quarrie y Mauren Fraser siguieron buscando a Cor.

* * *

En la puerta de proa de la «Titán», Alfons Smet y Renata Bucci aguardaban nerviosamente el regreso del comandante Quarrie y los otros.

También ellos habían escuchado el grito emitido por Baerbel Rischer y se hallaban hondamente preocupados.

—Ha sido Baerbel quien ha gritado, ¿verdad? —musitó Renata.

—O la doctora Fraser, no lo sé —rezongó Alfons.

—¿Qué habrá sucedido?

—¿Cómo voy a saberlo? Pero, sea lo que sea, me siento responsable. Si no me hubiera distraído acariciándote…

—La culpa fue mía. Debí ponerme el traje antes de acercarme a ti.

—Ve y póntelo, Renata. Y tráete el mío.

—Sí.

Renata Bucci cruzó el túnel y penetró en la pequeña nave.

Alfons Smet siguió atento y con el fusil de rayos láser a punto.

De pronto, vio surgir a Baerbel Rischer.

Nuevamente desnuda.

Tambaleante…

Se cogía el cuello y daba la impresión de que iba a desvanecerse de un momento a otro.

—Baerbel… —musitó Alfons.

La atractiva rubia le miró un instante, pareció querer decir algo y luego se desplomó, a unos diez pasos de él.

Alfons corrió hacia ella, alarmado.

—¡Baerbel! —exclamó, arrodillándose a su lado.

Al instante recibió un puñetazo en plena cara, tan duro, que cayó de espaldas y perdió el fusil de rayos láser.

Baerbel tomó velozmente el arma y le golpeó con ella en la cabeza, por dos veces.

Alfons Smet perdió el conocimiento.

Baerbel Rischer se irguió de un salto y corrió hacia la puerta de la astronave.

Justo cuando la alcanzaba, Renata Bucci salía del túnel, vestida ya y con las ropas de Alfons Smet en las manos.

Al descubrir a Baerbel, desnuda de nuevo y con el fusil de rayos láser en las manos, se quedó parada.

—Baerbel… —pronunció quedamente.

—No soy Baerbel, soy Cor —dijo la rubia, y le asestó un duro golpe en la cabeza, con el fusil.

Renata Bucci exhaló un gemido y se derrumbó en el acto, quedando inmóvil en el suelo, sin sentido.

Cor, sin renunciar todavía al físico de Baerbel Rischer, cruzó el túnel de paso y se introdujo en la pequeña nave terrestre, cuya puerta se cerró inmediatamente, accionada a distancia por el poderoso robot, quien había seguido las acciones de Cor a través de una amplia pantalla de televisión.

Escasos segundos después, el túnel se replegaba y la nave se ponía en movimiento, pilotada por el robot desde la nave extraterrestre, hacia la cual se dirigió. En vista de que pasaban los minutos y no encontraban a Cor, el comandante Quarrie dijo:

—Volvamos con Alfons y Renata, doctora Fraser. Temo que, al igual que Otto y Baerbel se vean sorprendidos por Cor.

—Esperemos que no —murmuró Fraser.

Volvieron rápidamente sobre sus pasos.

Vieron a Otto Gluth y Baerbel Rischer.

Seguían en el suelo, inconscientes.

Poco después, descubrían a Alfons y Renata, igualmente inconscientes.

Al hallar cerrada la puerta de la astronave, Sandro Quarrie adivinó que la pequeña nave ya no estaba junto a la «Titán».

Cor se la habría llevado.

Sandro Quarrie corrió hacia el mirador del puente de mando.

Descubrió la nave de reconocimiento.

Ya estaba muy cerca de la nave extraterrestre.

El comandante Quarrie apretó los puños con rabia y mascculló:

—Se nos escapó…

La doctora Fraser se acercó también al mirador y observó la pequeña nave.

—¿Cor…? —adivinó.

—Sí —asintió Sandro.

—Dios se apiade de nosotros, pues.

Sandro Quarrie la abrazó con suavidad.

—Mientras hay vida hay esperanza, doctora.

—En este lugar no hay vida, sólo muerte.

Sandro la besó brevemente en los labios y dijo:

—Vamos, doctora Fraser. Tenemos que reanimar a Alfons, Renata, Otto y Baerbel.

* * *

En la «Urano-V», Iván Kiseu ya había vuelto en sí y estaba siendo informado por Petar Bogdanov de todo cuanto había dicho el comandante Quarrie en su llamada.

—Dentro de unos minutos estarán de vuelta —concluyó Petar.

—¿Y dices que traen un invitado...? —parpadeó Iván.

—Bastante más feo que yo —asintió Petar, riendo.

—Ya es difícil.

—Cuidado con lo que dices o te duermo de nuevo —amenazó Petar, mostrando su puño al segundo de a bordo.

Iván Kiseu sonrió y miró la pantalla telescópica.

En aquel preciso instante, la nave de reconocimiento se separaba de la nave extraterrestre.

—¡Ya vuelven! —exclamó Iván.

Poco después, sin embargo, la pequeña nave se detenía junto a la «Titán».

—¿Por qué vuelven de nuevo a la astronave terrestre? —se extrañó Iván.

—No lo sé —murmuró Petar.

Iván Kiseu, Petar Bogdanov y los otros tres miembros de la tripulación que se hallaban en el puente de mando siguieron atentos a la pantalla telescópica.

Algunos minutos después, la pequeña nave se ponía de nuevo en movimiento, pero no se dirigió hacia la «Urano- V», sino hacia la nave extraterrestre.

La extrañeza de Iván Kiseu y sus compañeros

aumentó, y el segundo de a bordo decidió llamar al comandante Quarrie.

Su llamada, sin embargo, no obtuvo respuesta.

—Maldita sea, ya estamos como antes —barbotó.

—Tranquilízate, Iván —rogó Petar—. Ya viste que la otra vez no pasó nada, el comandante dijo que todos estaban bien.

—Pero puede pasar ahora, Petar. Eso de que llevaban a bordo un invitado me preocupa, ¿sabes?

Razón tenía Iván Kiseu para preocuparse, desde luego…

* * *

Otto Gluth y Baerbel Rischer volvieron en sí antes que Alfons Smet y Renata Bucci, y explicaron al comandante Quarrie y a la doctora Fraser que habían sido sorprendidos por Cor, quien, con el físico de Alfons, les atacó por la espalda y les golpeó en el cuello con una barra de aluminio.

Baerbel tuvo tiempo de verle, por eso dio el grito.

Poco después, Alfons y Renata recobraban también el conocimiento y explicaban cómo les había sorprendido Cor a ellos: con el físico de Baerbel.

Alfons, vestido ya, bajó la cabeza y dijo:

—Lo siento mucho, comandante. Le fallé de nuevo.

Sandro Quarrie le oprimió el hombro afectuosamente.

—Cor es un ser tremendamente astuto, Alfons. Puede engañar a cualquiera, no te aflijas por lo sucedido.

—Cor era nuestro seguro de vida, comandante.

Con él en nuestro poder, hubiéramos podido salir de este cementerio espacial.

—De nada sirve ya que… —empezó a decir Sandro, pero se interrumpió al ver que la pantalla de televisión del puente de mando se iluminaba y aparecía en ella la cuadrada cabeza del robot parlante.

—¿Comandante Quarrie…? —llamó, con su muy particular voz.

Sandro Quarrie se acercó a la pantalla, seguido de los cinco miembros de su tripulación.

—Aquí estoy, cara de dado.

—Habéis perdido la partida, terrestres.

—Es posible que sí.

—Es seguro. Si quisiera, podría hacer estallar esa astronave en mil pedazos.

—Pero no quieres, ¿verdad?

—No, os quiero vivos.

—Ya lo suponía.

—Voy a enviaros vuestra nave, comandante. Subid a ella y os traeré aquí.

—¿Qué ganaremos con eso?

—Si vuestra sangre es de buena calidad, y Cor ya comprobó que la de Alfons y Renata lo es, no moriréis. Como veis, os ofrezco la posibilidad de salvar vuestras vidas.

Sandro Quarrie pareció meditar la proposición del robot.

Después, dijo:

—De acuerdo, puedes enviar nuestra nave.

Algunos minutos después, el comandante Quarrie, la doctora Fraser, Alfons, Renata, Otto y Baerbel

penetraban en la nave extraterrestre.

El impresionante robot les estaba esperando, cerca de la puerta de guillotina que conducía a la circular sala donde se hallaban Cor y los suyos.

—Acercaos, terrestres —ordenó el ingenio mecánico.

Sandro Quarrie y los cinco miembros de su tripulación obedecieron.

Cuando los tuvo a unos cuatro metros de él, el robot dijo:

—Ya es suficiente.

El grupo de terrestres se detuvo.

—Veo que traéis armas —observó el robot.

—Tú no nos lo prohibiste —repuso Sandro.

—Es verdad. Y no lo hice porque vuestras armas no pueden hacerme nada.

—Eso me dijeron Alfons y Renata, que el láser sólo te hace cosquillas.

—Así es.

—¿Me dejas que lo compruebe?

—Adelante, terrestre.

Sandro Quarrie extrajo su pistola de rayos láser, apuntó al cuerpo del robot y accionó el gatillo.

La sólida estructura del robot no sufrió ni un rasguño.

—¿Convencido ya, terrestre? —dijo el robot.

El comandante de la «Urano-V», sin responder, elevó el cañón del arma y disparó de nuevo, tomando ahora como blanco el rectangular ojo del robot, pues un sexto sentido parecía advertirle que aquél era el único punto débil del poderoso ingenio mecánico.

Y así debía ser, porque el robot se apresuró a bajar la visera metálica que daba protección a su verdoso ojo.

Sin embargo, la bajó una fracción de segundo tarde.

El rayo láser ya había alcanzado la rectangular grieta, y sus efectos, para el robot, fueron fatales.

Todo lo que había dentro de su cuadrada cabeza estalló, y el robot quedó convertido en un trasto inservible.

—¡Vamos por Cor y los demás extraterrestres, rápido! —rugió Sandro Quarrie.

—¡Por esa puerta, comandante! —indicó Alfons Smet.

Se lanzaron los seis hacia allí, pistola en mano.

Los casi dos docenas de extraterrestres, al ver irrumpir en la sala al comandante Quarrie y los suyos, esgrimiendo sus armas, intentaron huir por la puerta opuesta.

—¡Fuego, muchachos! —ordenó Sandro Quarrie, dándole ya al gatillo.

La doctora Fraser, Alfons, Renata, Otto y Baerbel le imitaron al instante.

Cor y su gente, alcanzados por los rayos láser, aullaron ensordecedoramente, mientras se desplomaban abrasados.

Ninguno de ellos pudo escapar.

El comandante Quarrie y los suyos sabían que, si Cor o alguno de los extraterrestres lograba salir de aquella estancia, les podía complicar mucho las cosas, y los liquidaron a todos.

EPÍLOGO

El comandante Quarrie y los cinco miembros de su tripulación registraron la nave extraterrestre, pero no hallaron más seres como aquéllos ni de ninguna otra raza.

Fue entonces cuando Sandro Quarrie recibió el tercer mensaje telepático de su misterioso amigo.

«Os felicito, terrestres. Habéis destruido al poderoso robot y habéis acabado con Cor y su gente. Confieso que no lo creía posible. Pensé que ibais a morir, como los tripulantes de todas esas naves. La mayoría de ellos fueron devorados por esos pequeños y monstruosos seres. Y fueron devorados vivos, que aún es más horrible. Los que tenían una sangre cuyo sabor era del agrado de Cor y los suyos, aún sufrieron más, pues su muerte fue mucho más lenta. Cor y sus compañeros les iban chupando la sangre, un poco cada día, hasta dejarlos tan débiles que fallecían. Entonces, Cor y su gente se comían sus cuerpos.»

Sandro Quarrie palideció, horrorizado.

«Sé que te gustaría conocerme personalmente, comandante Quarrie —siguió diciéndole el desconocido amigo—, pero eso no es posible. Soy muy distinto físicamente a vosotros, y vivo en un planeta en el que vosotros no podríais desenvolveros. De todos modos, quiero decirte que soy yo quien debe daros las gracias, no vosotros a mí. Habéis eliminado el grave peligro que desde hace mucho tiempo existía en ese lugar del espacio, y me siento muy feliz por ello.

Regresad a vuestra astronave y proseguid vuestro viaje, valientes terrestres.»

El comandante Quarrie y los suyos regresaron a la «Urano-V», siendo recibidos alborozadamente por Iván Kiseu y el resto de la tripulación, quienes se llenaron de horror al conocer el fin que habían sufrido las tripulaciones de todas las otras naves. Sandro Quarrie ordenó a Iván reemprender el viaje y luego se retiró a su camarote a descansar, al igual que la doctora Fraser, Alfons, Renata, Otto y Baerbel, pues todos ellos lo necesitaban de verdad.

Sandro se había acostado ya, cuando llamaron a la puerta.

Sin levantarse de la cama, utilizando su mando de control remoto, el comandante de la «Urano-V» abrió.

Era Mauren Fraser, que se cubría con una bata.

—Doctora Fraser... —murmuró Sandro, gratamente sorprendido.

—¿Le importa que pase, comandante?

—Al contrario.

Mauren penetró en el camarote y Sandro cerró la puerta.

—¿Sabe una cosa, doctora?

—¿Qué?

—Estuve tentado de ir a su camarote, pero pensé que tal vez se hallase demasiado cansada para...

—Estoy cansada, no lo niego. Pero me sentí tan a gusto entre sus brazos, que no he podido resistir la tentación de venir a su camarote.

—Acérquese, Mauren —rogó Sandro, llamándola por su nombre por primera vez.

La doctora Fraser se aproximó a la cama y se sentó en ella.

Sandro la tomó suavemente por los hombros y la besó en los labios, cálidamente.

—Mauren...

—¿Sí, comandante?

—¿Me creería si le dijese que estoy enamorado de usted?

—Le creería... y me sentiría muy dichosa, porque yo también lo estoy de usted, comandante. Y desde hace tiempo.

—¿De veras...?

—Sí, comandante.

Sandro la abrazó con fuerza y volvió a besarla, con vehemencia ahora, largamente, saboreando su boca hasta lo más profundo.

Mauren le cercó el cuello con sus brazos y le devolvió el beso con idéntico fervor.

Sandro le soltó el cinturón de la bata y se la abrió, acariciando sus cálidos y turgentes senos.

Mauren se dejó caer de espaldas, junto a él.

Bajo la bata no llevaba prenda alguna, y Sandro pudo acariciar el suave y rubio vello de su pubis, alcanzando poco después su rincón más íntimo.

Mauren se agitó dulcemente, estremecida de placer.

—Sandro, amor mío... —susurró, agarrando la cabeza de él, que había bajado hasta sus senos para besarlos y juguetear deliciosamente con sus erguidos pezones.

Sandro Quarrie no quiso demorar demasiado la

total unión de sus cuerpos, porque deseaba fervientemente hacer suya a Mauren Fraser, y ella también esperaba con ansia ese maravilloso momento.

Y realmente lo fue, porque en el acto no hubo el menor asomo de lujuria, y sí mucho amor, mucha delicadeza y mucha ternura.

Minutos después, hallándose todavía el uno en brazos del otro, satisfechos y felices, Sandro Quarrie hizo la pregunta que Mauren Fraser anhelaba oír:

—¿Querrás casarte conmigo cuando regresemos a la Tierra, Mauren?

—Si todavía me sigues queriendo…

—Te querré mientras viva, Mauren.

—Y yo a ti, Sandro.

Unieron de nuevo sus bocas y, tan sólo algunos minutos después, unían otra vez sus cuerpos, porque su amor y su deseo de proporcionarse mutuo placer era más fuerte que su cansancio.

F I N